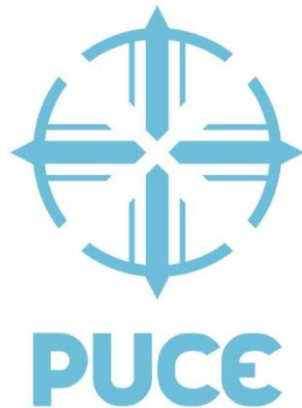


PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR



FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

ESCUELA DE HISTORIA

CARRERA DE HISTORIA

TÍTULO

“Procesos de cambio del barrio La Tola, en la interacción con su espacio físico, las autoridades locales y sus habitantes, entre 1903 y 1983”

AUTOR: JUAN ANDRÉS FREIRE CEVALLOS

DIRECTORA: SOFÍA ISABEL LUZURIAGA JARAMILLO

QUITO-ECUADOR

2021

Agradecimientos

A la tierra que me vio crecer, por darle una primera forma a todo lo que conozco.

Resumen

Las concepciones y pensamientos de los seres humanos moldean su percepción del mundo y la identificación de sí mismos en él; por ende, su accionar sobre los distintos elementos que lo componen. Así pues, al momento de construir ciudades, los seres humanos reproducen su visión del mundo, y el lugar que piensan que ocupan, mediante el trazado de calles y la edificación de arquitectura. De tal modo, las personas modifican el espacio geográfico circundante. La Tola es un barrio tradicional de la ciudad de Quito que será tomado como referencia para comprender las mutuas relaciones de cambio entre la dinámica barrial y el espacio físico, el cual cuenta con una geomorfología particular. Se parte del estudio de los grandes procesos que han moldeado el espacio ecuatoriano y la ciudad de Quito como un centro urbano moderno. Posteriormente, se observa el influjo de estos procesos en la construcción de un barrio tradicional. Finalmente, se busca vislumbrar las particularidades del barrio en relación con la rica geomorfología del espacio que ocupa.

Índice

Introducción.....	4
1. Capítulo 1: Crecimiento urbano de Quito en el siglo XX	22
2.1. Demografía y transformación del espacio	
2.2. Planes de crecimiento urbano y acciones municipales	
2.3. Análisis de cartografía de Quito	
2. Capítulo 2: El barrio La Tola, transformaciones de un barrio tradicional.....	42
3.1. Configuración de La Tola dentro del espacio urbano, cronologías y espacios internos	
3.2. Influjo de los grandes procesos, análisis de cartografía y documentos municipales	
3.3. El barrio tradicional y el barrio popular	
3. Capítulo 3: Las voces de La Tola, territorialidades, territorios y la loma llamada Itchimbía.....	59
4.1. Memoria e imaginarios barriales	
4.2. Territorios y territorialidades	
4.3. La Tola, la ciudad y la loma Itchimbía	
4. Conclusiones.....	75
5. Anexos	78
6. Bibliografía.....	87

INTRODUCCIÓN

Tema

Comúnmente, la Historia ha tratado al ambiente como un mero escenario donde tiene lugar la obra de teatro del progreso de las sociedades humanas. Tiene sentido que la ciencia de los hombres, en el transcurso del tiempo, se concentre en los procesos netamente humanos. Sin embargo, en estos últimos años las ciencias ambientales han demostrado que la línea que divide lo cultural y lo natural se dibuja únicamente en la mente humana. El ser humano no es un ente asilado del resto de elementos que componen el mundo, sino que, en conjunto, generan un sistema mucho más grande compuesto de incontables seres y elementos (corteza terrestre, mares, bosques, fauna en general, etc.). Dichos elementos determinan el desarrollo de su propia vida, pues ofrecen limitaciones y oportunidades, muchas veces, aprovechadas en forma de recursos naturales (madera, recursos hídricos, alimentos, etc.) o simplemente utilizadas para habitar.

Por lo tanto, es necesario integrar el estudio de los procesos históricos en una visión que permita observar las fuerzas de cambio que se imponen, mutuamente, los seres humanos y el ambiente a lo largo del tiempo. Esta visión puede ser descrita como holística, concepto que será ampliado en lo posterior. La historia ambiental surge en este contexto, en el que es necesario entender al ser humano inmerso en el ambiente como un importante actor y no como único protagonista de los procesos históricos. Esta relación humano-ambiente será la que se estudie a lo largo del tiempo. La historia ambiental se distancia de la historia de la ecología y de la historia natural. Se entienden los procesos de las ciudades a modo de “metabolismo urbano” término acuñado por John McNeil. Dicha expresión hace referencia a una perspectiva en la que las ciudades están cohesionadas, tanto con su ambiente inmediato como con los espacios rurales o incluso geografías mucho más alejadas. En este caso, los procesos urbanos difícilmente podrían desarrollarse sin los recursos materiales, laborales e intelectuales cuyo origen, muchas veces, está en geografías alejadas de las fronteras citadinas.

Dicho esto, en esta investigación, se busca comprender el proceso de urbanización del espacio que ocupa la ciudad de Quito. Este espacio contiene una

compleja geomorfología que rodea toda la ciudad. Por consiguiente, el punto de partida será el caso del barrio La Tola, el cual se asienta sobre una loma de relieve muy irregular denominada Itchimbía.

Para comprender este tejido social y geográfico a lo largo del tiempo es necesario utilizar un enfoque temporal al estilo de una “larga duración”. Sin embargo, se tomará una temporalidad más corta, pues estos procesos toman décadas en manifestarse de una forma tangible para el investigador. Se tomará como referencia la datación de las fuentes primarias que aquí se examinan (cartografía histórica) y se analizará la relación ciudad-barrio-ambiente entre 1903 y 1983. Ya que, a lo largo de estos ochenta años, se puede observar claramente la expansión del trazado urbano y las transiciones entre los distintos modelos de planificación urbana de la ciudad de Quito.

Justificación

Esta investigación surge del continuo habitar y observar la ciudad de Quito, la cual, a lo largo de este último siglo, se ha expandido. La urbe agrupa en su perímetro urbano múltiples elementos como ríos, quebradas, bosques y diversos tipos de elevaciones. Estas últimas, influyen innegablemente a la ciudad al momento de trazar, construir y habitar. Se observa que no se han hecho estudios (más allá de la arquitectura) que ayuden a comprender el mutuo moldear entre la ciudad y la geomorfología del espacio físico que esta ocupa, contiene y, a la vez, la rodea.

En el contexto de una ciudad andina como Quito, diversa tanto en términos humanos como geográficos, es importante comprender los procesos históricos y urbanos desde una perspectiva holística. Es decir, que integre, como parte de un mismo tejido, tanto los límites que impone la montaña al trazado urbano como los cambios que ha sufrido el relieve de la loma al momento de trazar calles y construir barrios. Además, se hace énfasis en las contradicciones que surgen entre la ciudad que se camina y la ciudad que se planifica o que se representa en la cartografía.

La perspectiva metodológica y epistemológica denominada holismo se diferencia del análisis en tanto que este separa el objeto de estudio en diversas partes para poder comprenderlo. El holismo no solo estudia cada una de sus partes, sino que entiende que ese todo en conjunto forma algo distinto y más complejo que la simple suma sus elementos. Así como un humano es mucho más que la suma de todos sus órganos. Esta perspectiva podría aportar mucho al momento de comprender la historia

del espacio en el Ecuador, la historia urbana de la ciudad de Quito y el proceso en que se conforman y expanden sus barrios sobre las múltiples elevaciones andinas.

Pregunta guía

¿Cuáles son los procesos de cambio que vive el barrio La Tola en la interacción con su espacio físico, las autoridades locales y los vecinos entre 1903 y 1983?

Objetivo general

Identificar y comprender los procesos de cambio que vive el barrio La Tola en la interacción con su espacio físico, las autoridades locales y los vecinos entre 1903 y 1983.

Objetivos específicos

Objetivo 1

Identificar y analizar los grandes procesos, la configuración de un espacio nacional relacionado al fortalecimiento del estado ecuatoriano, la migración interna campo-ciudad en el Ecuador y el proceso de modernización de la ciudad de Quito. Se busca analizar las posturas urbanísticas al momento de planear y organizar la ciudad conforme a la cosmología moderna.

Objetivo 2

Ubicar al barrio dentro de estos grandes procesos descritos anteriormente, analizar el influjo de estos procesos en la configuración barrial y poder profundizar sobre las características de un barrio tradicional, su tejido social y territorial.

Objetivo 3

Relacionar los procesos de configuración del barrio La Tola con el espacio físico de la loma Itchimbia. De manera que se pueda comprender mejor el influjo mutuo entre el barrio y el espacio físico y las formas sociales que se han formado a partir de la configuración del lugar como un espacio urbano. Visualizar la complejidad de las diversas territorialidades que componen el barrio La Tola.

Estado de la cuestión, La Tola

Para contextualizar al barrio La Tola en relación con su espacio físico y demás elementos del ambiente a lo largo del tiempo, se han consultado autores de distintas

disciplinas y tendencias historiográficas. Los conceptos deben entretenerse en torno a la historia ambiental. Por lo tanto, son varios los contextos y perspectivas que ofrecen los distintos saberes académicos que se presentan a continuación.

Partiremos del enfoque de la Geografía, para ello, cabe mencionar a Michel Portais, quien aclara: “Somos Geógrafos no Historiadores” (1983, p. 1) en la introducción de *El manejo del espacio en el Ecuador* junto con Jean Paul Deler. Estos geógrafos franceses, interesados en comprender a los actores que han manejado el espacio ecuatoriano a lo largo del tiempo, nos ofrecen la mirada de la Geografía Histórica en cuanto a los procesos de integración territorial en el Ecuador. Esta cobra especial importancia para la presente investigación, pues aporta una visión panorámica de los conceptos y formas con los que se organizó el espacio correspondiente al territorio nacional y defiende, también, el uso del espacio en ciudades, campos y haciendas.

Desde la perspectiva de la Historia del espacio, en *Una breve historia del espacio ecuatoriano* (2004), se presenta una extensa investigación de vital interés. Sus varios autores aportan con conceptos para analizar el espacio, exponen la relación entre el estado ecuatoriano y las diversas localidades que componen el territorio nacional y suman un análisis del uso del espacio ecuatoriano en el contexto de la segunda mitad del siglo XX. Además de las herramientas conceptuales con un punto de vista local, esta obra contribuye a la presente investigación con una visión de los procesos en el contexto del Auge bananero y petrolero; revela los objetivos y estrategias del estado con respecto al territorio nacional, así como su efectividad y consecuencias.

Así mismo, y con el objetivo de contrastar y complementar los conceptos de “espacio” y “territorio”, se trae a colación la obra de Gustavo Montañez Gómez y Ovidio Delgado Mahecha: *Espacio, Territorio y Región: Conceptos básicos para un proyecto nacional* (1998). Esta obra se sitúa en el contexto de la construcción de un territorio nacional colombiano en la era moderna. Propone un concepto práctico y materialista de espacio, a la vez, profundiza en las diversas complejidades que orbitan al “territorio”. Esta obra se vuelve esencial en la medida que permite contextualizar y especificar de una forma teórica los distintos actores, espacios y territorialidades del barrio La Tola.

A los aportes de la historiografía se suma la Historia Social, *La ciudad y los otros* (2006) es una obra que analiza, en términos del autor Eduardo Kingman, a Quito en la transición de la “ciudad señorial” a la “primera modernidad”. Desde la perspectiva de la Historia Social Urbana, esta obra es de gran ayuda. Contextualiza el pensamiento imperante en el Quito del siglo XIX; el cual, en ocasiones sobrevive incluso en la actualidad, especialmente en los barrios. La obra permite observar la configuración de la ciudad de Quito como un espacio urbano y moderno. Expone los discursos modernos que moldean las formas de habitar y utilizar el espacio en las primeras décadas del siglo XX. Analiza la configuración física y social de la ciudad a partir del movimiento migratorio campo-ciudad y la continua yuxtaposición de la modernidad en el gusto y los hábitos de consumo.

Se ha consultado, además, a Manuel Espinoza Apolo en su obra *Mestizaje, cholificación y blanqueamiento* (2004). Se analizan las transformaciones de la ciudad vieja, la modificación del paisaje humano y las transformaciones culturales en la ciudad en las oleadas migratorias de las primeras décadas del siglo XX. Conviene revisar esta obra, pues, se aproxima al tema de los barrios, su configuración humana y a la formación de una cultura popular urbana característica de barrios tradicionales como La Tola. Asimismo, hace énfasis en los cambios de gusto arquitectónico y en la distinción social por medio del uso del espacio, son procesos que influyen directamente en la configuración de los espacios y barrios quiteños.

“Construcción del sujeto de la clase media en barrios populares de Quito, en la segunda mitad del siglo XX Memorias, relaciones y diferenciación” de María Augusta Espín (2016) es una tesis consultada desde la perspectiva de la Historia Social. La autora analiza las condiciones, actores, espacios y contextos que dan paso a la formación de una clase media en los barrios populares de la ciudad de Quito. El barrio La Tola forma parte de esta investigación, lo cual permite no solo definir los conceptos de “clase media” y “barrio popular”, sino también visualizar los procesos de formación de una clase media en el barrio y contextualizar su tejido étnico y social.

Para profundizar en las relaciones entre el mundo rural y urbano se ha consultado el trabajo de Gabriela Bernal Carrera, quien investiga sobre la población indígena en el sector. La obra *La Hospedería Campesina de La Tola: Notas para entender los aportes salesianos al mundo indígena urbano* (2012) ahonda en el dinámico tejido social del barrio en los años setenta y en el rol de la orden salesiana con

la población indígena del lugar y del Ecuador. La investigación permite visualizar conflictos sociales, el rol e importancia de la orden salesiana en la configuración barrial, y las transformaciones en el contexto de la oleada migratoria de los años sesenta y setenta.

A estas obras se agrega también “El horizonte político popular: diagnóstico, demandas, participación y opciones políticas en un barrio popular de Quito, 1983” (2016). En esta tesis de maestría realizada para FLACSO, Malva Espinoza Cifuentes, por medio de encuestas, se aproxima al horizonte político de La Tola. La autora indaga en torno a la opinión pública con respecto a la política de barrios populares en la ciudad de Quito.

Es importante incorporar los aportes de la Historia Urbana, gracias a Santiago Cabrera Hanna en su artículo titulado: “El Centro Histórico de Quito en la planificación urbana”. El autor analiza las formas en las que el centro histórico es pensado y organizado a lo largo del siglo XX. Parte del concepto de “patrimonio” y las políticas de conservación que influyen en la forma de pensar el centro histórico planificado y a sus alrededores.

En “La planificación de Quito: del Plan Director a la Ciudad Democrática” (1992), Fernando Carrión y René Vallejo exponen el contexto y características de las planificaciones urbanas de la ciudad. Analizan desde el Plan Regulador (1942) hasta el Plan Quito (1981). Tener presente los lineamientos que dirigieron la planificación urbana es esencial para entender la configuración y transformaciones del barrio La Tola.

La historiadora urbana María Ángela Cifuentes aporta con el artículo: “Planificación urbana, modernización vial y cambios en la vida cotidiana de Quito: el caso del barrio San Blas, 1967-1973” (2016). Presenta un estudio de caso: la plaza y el barrio de San Blas, son tan cercanos a la Tola que sus límites nunca han estado del todo claros. En este artículo se analiza la planificación urbana, la ejecución de obras públicas y las consecuencias de estas acciones sobre el tejido arquitectónico y social del barrio de San Blas. Esta publicación es de gran ayuda, pues, desvela acciones concretas por parte del municipio, lo cual, permite relacionar el barrio con los procesos urbanos de los años setenta y visualizar los conceptos e ideas que impulsan la urbanización y la modernización de la ciudad.

Por otro lado, Paola Dávila Viteri presenta su tesis de grado para la Escuela de Ciencias Históricas en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador “La transformación del barrio tradicional quiteño (La Tola y San Blas entre 1965 y 1975)” (2004). La autora muestra las transformaciones que sufren los barrios de San Blas y La Tola, en el contexto de la migración de familias adineradas hacia el norte de la ciudad, desde diversas voces y perspectivas. Expone a La Tola con una dinámica de transformación, pues las antiguas formas de hacer una comunidad barrial se modifican, tanto por la modernidad como por los mencionados movimientos migratorios campo-ciudad. Esta tesis es muy importante para la investigación, no solo por la información compartida, sino también por la perspectiva nostálgica de la autora sobre lo que fue La Tola de los años sesenta. Es decir, es un aporte que enriquece y complejiza el tejido social barrial, sus distintos imaginarios y actores.

Así mismo, la Sociología ha producido toda clase de literatura académica con respecto esta temática. “Imaginarios urbanos en el proceso de gentrificación de los espacios de ocio del barrio tola colonial” (Sánchez, 2019) es una tesis de licenciatura de la Universidad Central del Ecuador que se centra en los procesos urbanos contemporáneos del barrio, especialmente en su espacio más antiguo denominado “La Tola Colonial”. Los autores se centran en los temas de: gentrificación, violencia simbólica e imaginarios urbanos. Esta tesis nos aporta una visión actualizada de los procesos y conflictos en el barrio.

“¿Cómo se construye el imaginario urbano del barrio Tola Alta a través de un lugar significativo: La Gallera?” (2017) es el título de tesis para obtener el título de sociólogo de David Albarracín en la Universidad Central del Ecuador. Se analiza cómo se construyen imaginarios de identidad y pertenencia a través de edificios. En el contexto del cierre de la gallera, el autor investiga el valor simbólico de este edificio y las dinámicas sociales que emergen en torno a ello. Por medio de entrevistas se adentra en la memoria barrial de los años ochenta y noventa del siglo XX. Esta tesis permite definir mejor el concepto de “espacio barrial”, presenta casos específicos de la formación de identidades y contextualiza el tejido social del barrio La Tola.

Es importante mencionar la tesis sociológica “La posición social de la población adulta mayor: un acercamiento a través de cómo se configura la posición social de la población adulta mayor en el barrio La Tola del Distrito Metropolitano de Quito” (Chavez, 2015). Los autores observan, en el caso de La Tola, la categoría de “posición

social”. Es decir, la posición en la que se encuentran los adultos mayores en los barrios tradicionales de Quito, tomados en cuenta como un grupo dependiente y vulnerable.

Nohemí Cadena para su tesis de grado en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador en la escuela de Trabajo Social redacta: “Estudio-diagnóstico de la marginalidad en barrios heterogéneos de Quito: La Tola-La Loma” (1971). Es un compendio de datos cualitativos sobre el barrio La Tola del año 1971. Además de brindar una gran cantidad de información (empleo, costo de vivienda, analfabetismo) permite visualizar a los barrios populares en el imaginario de la clase culta quiteña, hace énfasis en el concepto de marginalidad.

Finalmente, el Distrito Metropolitano de Quito presenta una visión tradicional de la historia del barrio: *MEMORIA histórica y cultural: La Tola* (2005). Una edición que formó parte de una serie de publicaciones sobre la historia de los sectores tradicionales de la ciudad. El texto es una compilación de memorias de esta singular área, muy útil para proyectar La Tola lleno de tradiciones e imaginarios.

Por lo tanto, para contextualizar al barrio La Tola, su espacio, medio, territorios y territorialidades, se ha partido desde una visión general hacia lo específico. A partir de los grandes procesos que han moldeado y elaborado el espacio nacional, para luego llegar al estudio de la ciudad de Quito como una zona urbana, con entendimiento de sus procesos demográficos, intervenciones en el espacio y políticas de planificación. De modo que se ubique al barrio dentro del estado nacional, la ciudad y, posteriormente, observar sus procesos internos y características específicas. Y, a continuación, visualizar las complejas relaciones entre el barrio y la elevación sobre la que fue construido.

La Tola ha sido objeto de estudio para varias disciplinas, la histórica inclusive. Han estudiado su tejido social, sus dinámicas de poder, sus actores, sus edificios, los imaginarios que surgen a partir del habitar y la información cualitativa y cuantitativa sobre los vecinos. Todas estas voces podrían acoplarse en torno a la Historia Ambiental para agregar, a este escenario, el espacio correspondiente a la loma Itchimbiá. Ya que es una elevación fundamental en el desarrollo de los procesos históricos y urbanos del barrio La Tola y por ende de la ciudad de Quito.

Hasta la fecha, se han realizado varios estudios que se centran en espacios específicos del barrio pero no en su totalidad. Tampoco han sido observados sus

procesos en temporalidades más amplias que diez años, por lo que es necesario, e innovador, aportar una visión general del barrio La Tola. Tanto en su espacio geográfico como en temporalidades de “mediana duración”.

Si bien se han hecho estudios sobre memoria y se han analizado varios imaginarios ligados directamente al barrio, como la gallera o los espacios reclamados por “jorgas”, no se ha estudiado la diversidad de las territorialidades *toleñas*; mucho menos la relación con su geomorfología y biología. Si bien, la producción intelectual tiene en cuenta el lugar dentro del imaginario histórico y cultural de la ciudad, poco dice en cuestión a su espacio físico e influjo dentro y fuera del barrio. Se reitera la necesidad de observar, con una mirada holística, este peculiar espacio urbano. El cual, como ya se ha mencionado, ha sido tomado en cuenta como caso de estudio y comprensión de los procesos sociales e históricos de la ciudad de Quito.

Marco teórico

Caminar por el barrio La Tola puede ser una experiencia interesante, sus calles pueden estar hechas de asfalto, adoquín o, incluso, de piedra, unas pocas tienden a ser planas (o fueron aplanadas) y largas, otras serpentean al subir o bajar por la loma. Algunas son pendientes muy pronunciadas pero con poca longitud, hasta hay una que, además de no tener salida, tampoco tiene entrada, ya que su único acceso es por medio de gradas. Las gradas son de gran importancia para todos los habitantes del barrio, pues a pesar de que es relativamente fácil moverse dentro del barrio con un automóvil, caminar no pasa de moda y estas son las rutas favoritas de los transeúntes. Cada manzana tiene una forma particular, pues son relativamente pocas las que en la práctica están compuestas por un cuadrado perfecto. Esto resulta un collage que le podrían parecer un laberinto a quienes no conocen las calles y una acumulación de colores y texturas para quienes lo miran a la distancia.

En aquellos lugares donde la pendiente no permite la expansión de la relativa cuadrícula quedan los remanentes del poco bosque andino que ha podido escapar del cemento. Son visibles, también, las huellas de excavaciones, aplanamientos, rellenos y muros de contención; acciones que fueron producto del esfuerzo, tanto de las autoridades como de los vecinos para construir un espacio donde habitar. Pero en el siglo XX, ya se habla de habitar al estilo moderno, por lo que la vivienda está directamente conectada con otra cantidad de infraestructuras que puedan brindar agua

potable, calles carrozables, alcantarillado, electricidad, zonas de recreación y espacios públicos. Todo esto sienta las bases para un estilo de vida moderno, pero, a la vez, demandan espacio para su construcción y desarrollo.

Teniendo en cuenta la advertencia de Eduardo Kingman Garcés, en su libro *La ciudad y los otros*, la “modernidad” no debe ser tomada como una categoría teórica sino como una noción de carácter histórico (Kingman, 2006, pág. 47). Es decir, puede ser percibida de formas distintas de acuerdo a su tiempo y contexto. En este caso, la modernidad representa cambios en los patrones de consumo como resultado del influjo internacional, la construcción de un espacio nacional y la secularización de gustos y costumbres; las cuales llegan al país en temporalidades distintas y, en ocasiones, distantes (Kingman, 2006, pág. 48). Esto se manifiesta claramente en La Tola, donde existen huellas principalmente arquitectónicas (aunque también inmateriales) de distintas formas de concebir lo “moderno” y del despliegue de estas ideas al momento de habitar un espacio.

Por lo tanto, se puede reconocer al menos tres espacios físico-temporales que evidencian tres formas distintas de construir un espacio urbano apodado, en la actualidad, como: La Tola Colonial. El primer espacio *toleño* está compuesto de aproximadamente 20 manzanas con forma de damero de estilo español, se formó desde el siglo XVII a partir de las casas ubicadas entre la iglesia de San Blas y las zonas altas del Itchimbia. En el lindero al sur y al oriente existía una hacienda que ocupaba casi todo el Itchimbia, entre 1920 y 1960 se fragmentó en propiedades más pequeñas con un uso residencial. Esta parcelación dio origen a nuevos espacios; como La Tola Alta, ubicada a mayor elevación, se formó de la urbanización de los espacios occidentales de la hacienda. Esta área se construyó en un periodo en el que los terratenientes buscaban soluciones para la crisis urbana provocada por la constante migración interna. Finalmente, en la ladera oriental, a partir de los años sesenta, La Tola Baja y La Nueva Tola, se construyeron casi simultáneamente como un proyecto inmobiliario del “Banco de la Vivienda”. A finales de los años cincuenta, se evidencia una respuesta a una lógica de mercado inmobiliario y especulación de tierras.

Así pues, se entiende que este barrio se construyó bajo los diseños, concepciones y paradigmas de la modernidad. Misma que tomó diversas características a lo largo del siglo XX, pero que, en general, se basa en la ruptura entre civilización y barbarie, se expresa en la contraposición de futuro y pasado, ciudad y campo, lo blanco-mestizo y lo

indígena, la cultura y la naturaleza. Dicho así, desde un punto de vista moderno, en este barrio se puede evidenciar el drama de la lucha por espacio, entre la naturaleza y la mancha urbana, a través de distintas formas de concebir lo moderno a lo largo del siglo XX.

Sin embargo, este drama, más que una realidad absoluta, es tan solo una perspectiva de la modernidad que no tiene en cuenta que la loma le ha dado una forma exterior a todo el barrio, al punto de dotarlo de su propio nombre¹. Las características del relieve también se reproducen en formas, comportamientos, hábitos y relaciones sociales. Por ello, abordar las relaciones barrio-espacio físico, desde una perspectiva netamente moderna, resulta insuficiente para comprender la complejidad de esta relación. Para vislumbrar a mayor profundidad las fuerzas de cambio que se imponen mutuamente tanto al barrio como al espacio físico del Itchimbia; es necesario estudiar las relaciones desde un punto de vista que va más allá de la división entre cultura y naturaleza. Es decir, desde la cosmología típica de la modernidad y desde la cual el barrio La Tola forma un cuerpo distinto al suelo, la quebrada, el bosque andino y la montaña.

Los límites de esta perspectiva se presentan ante el investigador, de forma más clara, a la hora de obligarlo a abordar el tema; o bien, desde las ciencias humanas o desde las ciencias naturales. Siendo así, se vuelve evidente la necesidad de aproximarse a estos procesos a través de una teoría que pueda integrar, dentro de un mismo tejido de saberes, los aportes tanto de las ciencias naturales como de las ciencias humanas. Es decir, que permita historiar la relación del barrio La Tola y la loma denominada “Itchimbia” en torno al uso y habitar de un espacio físico.

Entonces, se recurre a la historia ambiental, una disciplina de la ciencia histórica cuya epistemología está directamente ligada al propio término ambiente, su emergencia y su historia (Leef, 2005). Ambiente es un término bastante complejo de tratar, pues, se le puede atribuir varios significados. Su emergencia es relativamente reciente y corresponde al surgimiento y transformación de las ciencias ambientales en las últimas décadas del siglo XX.

¹ “tola” es un término que hace referencia a un cúmulo de piedras que recuerda a las antiguas tumbas de los tiempos anteriores a la llegada de los españoles.

La palabra ambiente se origina del término latino *ambiens* que hace referencia a “lo que rodea o cerca”. También tiene la acepción de “atmósfera” que implica las condiciones sociales, físicas y económicas de un lugar; es decir, las condiciones externas (Real Academia Española, 2014). Esta primera definición de “ambiente”, de alguna forma, se acerca al dualismo cultura-naturaleza. El ambiente compone todo aquello que no es propiamente humano; sin embargo, como ya se ha mencionado, esta perspectiva tiende a ser limitante, por lo que es mejor denominarla “entorno” (Morales Jasso, 2016).

Así pues, como segunda definición, el término “ambiente” también hace referencia al resultado del choque y dialogo entre el ser humano y las fuerzas de la naturaleza. Una suerte de “naturaleza artificial” surgida a partir de los procesos humanos, esta perspectiva unifica una coproducción de lo no antrópico y la antroposociedad (Morales Jasso, 2016). Finalmente, se comprende la categoría de “ambiente” como el resultado de una ruptura epistemológica con el dualismo cultura-naturaleza. Esta perspectiva hace referencia al ambiente como un gran sistema, del cual forma parte lo social a manera de subsistema. La categoría de ambiente incluye, en su seno, lo biótico, lo abiótico y lo cultural. Por lo tanto, el ambiente se entiende como un recorte spatiotemporal de tipo sistémico que no hace referencia solo a la dimensión espacial externa al sistema, sino que incluye al sistema mismo (Morales Jasso, 2016).

Así como la categoría ambiente se compone de varios elementos (en ocasiones opuestos o incluso contradictorios), la historia ambiental busca generar un diálogo intercultural de saberes que han estudiado dichos elementos previamente. De manera que se puedan integrar diversas voces e intereses con el fin de historiar el “ambiente” y que su estudio pueda traducirse también en el de la sociedad (Leef, 2005). La historia ambiental entiende el tiempo humano desde diferentes racionalidades, las cuales se conjugan para obtener información fáctica, que sea capaz de verificar hipótesis en un sentido retrospectivo sobre la complejidad ambiental de una formación social y su entorno ecológico (Leef, 2005).

Dicho esto, lo que se propone es hacer una observación del barrio La Tola como parte del tejido urbano, nacional y ambiental. Además, resaltar el papel de la geomorfología de la loma Itchimbia como un factor clave en la formación física y simbólica del barrio. Por lo tanto, se recurre a la historia ambiental como un eje donde confluye la diversa literatura académica que construye el tejido de esta investigación. A

más de la categoría de ambiente, es importante poner sobre la mesa otros conceptos más cercanos a la perspectiva de un barrio, como por ejemplo el “espacio geográfico”.

De alguna manera el espacio geográfico representa una parte de la superficie terrestre que es utilizada y controlada por algún grupo étnico o social con el fin de satisfacer sus necesidades (Deler, 1983). Toma sentido únicamente en su relación con el ser humano (a diferencia del ambiente que existe más allá de lo humano), al momento de entender y percibir como objetos los diversos elementos del ambiente; el espacio geográfico: “se define como un conjunto indisociable de objetos y sistemas de acciones, los cuales no suceden sin los primeros, siendo este una construcción histórica” (Montañez G3mez & Delgado Mahecha, 1998, p3g. 121). Por lo tanto, el espacio geogr3fico al que se adscribe el barrio La Tola, es cada casa, cada 3rbol y cada elemento que se entiende como un objeto, sujeto o germen de un accionar por parte de sus habitantes (y otros actores que ejercen poder sobre el barrio como por ejemplo las autoridades municipales).

Es importante aclarar que en esta investigaci3n se utiliza el t3rmino “espacio f3sico” para hacer una referencia espec3fica de aquello que comprende el cuerpo material del fragmento de la corteza terrestre. En este caso, est3 compuesto por las laderas meridionales del Itchimb3a, el mismo que es un objeto m3s de la geograf3a a la que est3 adscrito el barrio La Tola. Se busca diferenciarlo del suelo y del solo estudio hist3rico de su uso, ya que la elevaci3n tiene una forma y geomorfolog3a propias; as3 mismo, comprenderlo como un factor crucial en la construcci3n f3sica y simb3lica del barrio.

En consecuencia cabe preguntarse ¿Qu3 es un barrio? En un inicio se pude recurrir a su definici3n m3s tradicional en la que se describe el t3rmino como “Cada una de las partes en que se dividen los pueblos grandes o sus distritos.” o como “Grupo de casas o aldea dependiente de otra poblaci3n, aunque est3n apartadas de ella” (Real Academia Espa3ola, 2014). Por lo tanto, el barrio se circunscribe dentro o en relaci3n a un centro urbano. Es muy importante tener en cuenta que, en los Andes las ciudades se conciben y construyen como s3mil de modernidad, en oposici3n al campo (y dem3s elementos del ambiente) ligado al atraso y a la barbarie (Kingman, 2006, p3g. 47). Eduardo Kingman Garc3s reflexiona que lo urbano se trata, m3s bien, de una construcci3n imaginaria; no solo porque el proceso de urbanizaci3n tiene consecuencias directas sobre el campo, sino tambi3n porque en los Andes, los flujos de informaci3n,

los intercambios económicos y los movimientos de población, se han vuelto tan amplios que la historia social urbana no puede darse el lujo de observar los procesos económicos y sociales únicamente desde una perspectiva local (2006, pág. 48).

Esta perspectiva tiene su equivalente en la historia ambiental, se propone que lo urbano debe ser comprendido en relación directa con lo rural y, por ende, con el mismo ambiente (del cual también forma parte). Se comprende que el desarrollo urbano no es ajeno a los procesos ambientales, pues este sería imposible sin los recursos provenientes de zonas rurales, selvas, praderas, entre otros. La ciudad se comprende como un organismo en constante cambio; es decir, que los distintos procesos que la conforman pueden ser apreciados a manera de un “metabolismo urbano” (McNeil, 2005, pág. 14). Por lo tanto, lo urbano, se fabrica a partir de lo que se hace y se permite hacer dentro de los límites imaginarios comprendidos como urbanos o rurales, fronteras tan ficticias como las de los estados nacionales. Siendo así, el barrio que forma parte del tejido de la ciudad, más allá de ser un espacio material, es un lugar simbólico e imaginado, significados que se le escapan a la definición tradicional de barrio.

El barrio es no sólo un área definida y circunscrita a la ciudad, es una primera experiencia urbana, así como la primera frontera que se atraviesa, por lo tanto dotada de una profundidad imaginaria susceptible de modificar o condicionar la experiencia de la ciudad. (Albarracín, 2017, pág. 1).

Es decir, el barrio no se construye únicamente a partir de un lugar específico, sino a través de la experiencia de habitarlo y dotarlo de un significado (Espín, 2016). Por consiguiente, aquello que define el sitio perteneciente al barrio es construido a través del continuo suceso de la vida de sus habitantes: la apropiación de los parques donde juegan, las tiendas donde se abastecen, las calles por donde circulan, sus puntos de reunión, etc. Es un lugar físico, pero además social y público, del que sus habitantes se apropian convirtiéndolo en un lugar privado (Dávila, 2004). Entendemos, entonces, que el barrio está formado por la continua apropiación de espacios de acuerdo a la experiencia de vida de sus habitantes. Al hablar de apropiación del espacio, es preciso traer a colación otros conceptos geográficos útiles al momento de comprender las dimensiones de un barrio en relación con el espacio geográfico, estas son: el territorio y la territorialidad.

El territorio se comprende como un espacio definido por el ser humano, sea éste un individuo o un estado, en donde se ejercen actividades económicas o estratégicas de manera exclusiva o soberana por quien lo ha definido (Deler, 1983). El territorio implica una relación de poder, contiene límites de soberanía, propiedad, apropiación, disciplina, vigilancia y jurisdicción. También, transmite la idea de cerramiento, este puede pertenecer a un Estado, a un terrateniente o a los conjuntos residenciales cerrados de las ciudades (Montañez Gómez & Delgado Mahecha, 1998). La territorialidad, por otra parte, hace referencia a la apropiación relacionada con la identidad y la afectividad por un espacio; se comprende como un conjunto de prácticas y expresiones, tanto materiales como simbólicas, que buscan garantizar la permanencia de la apropiación de un territorio por un determinado agente social (estado, terrateniente, empresa), lo que significa un grado de control sobre un espacio geográfico.

Siendo así, al hablar del barrio La Tola, si bien este está circunscrito a un mismo espacio geográfico, urbano y físico, las formas de apropiación de los objetos que los componen es distinta, ya que no todos los *toleños* frecuentan los mismos lugares. Por otro lado, la experiencia de sus habitantes se modifica por sus orígenes y actividades, lo que determina el uso que le dan al espacio y su apropiación. Entonces, no podemos hablar del barrio como un área homogénea, sino de un mismo espacio donde confluyen varios territorios que expresan diversas territorialidades y que, incluso, podrían ser antagonistas o contrapuestas.

Dicho esto, se busca observar las interacciones entre el barrio La Tola y su espacio físico desde la categoría de ambiente. Esta perspectiva permite visualizar la relación barrio-espacio físico en conjunto con la ciudad de Quito, las autoridades locales, las políticas de planificación urbana, el mundo rural, el estado nacional, y el influjo de procesos localizados en geografías aún más lejanas (modernidad). De manera que sea visible, desde la disciplina histórica, la emergencia y establecimiento del barrio La Tola como un barrio tradicional urbano entre 1903 y 1983. Además, es transcendental entender el influjo de la geomorfología de la loma Itchimbía en la constitución física y simbólica de este particular barrio.

Para poder ejercer esta perspectiva, es necesario superar el saber sectorizado. Se debe comprender que la única manera de construir esta visión es a través de la integración de una multiplicidad de voces (el estado, la montaña, el municipio, los cartógrafos, la población general, etc.) y del cruce hacia otras especialidades (McNeil,

2005). Por consiguiente, el arte de la historia ambiental consiste en tejer, como un mismo cuerpo, distintas disciplinas académicas con el fin de tener una visión integral del ser humano inmerso en el ambiente, ahí radica la importancia de las fuentes y su uso (Gallini, 2004). Se pretende continuar con la perspectiva holística que propone la historia ambiental, en adición con otros saberes y transmisiones extraídas del análisis de fuentes primarias: cartografía histórica, documentos oficiales e información obtenida de la historia oral.

Las primeras fuentes en ser analizadas se encuentran en formato digital y comprenden planos y mapas correspondientes a la ciudad de Quito. Fueron obtenidos de distintos lugares, principalmente del Museo del Instituto Geográfico Militar, gracias a la ayuda y buen gesto de amigos, docentes y funcionarios, sumando en total diecisiete planos y mapas. Estos fueron escogidos debido a su disponibilidad, datación, riqueza de elementos gráficos relacionados con el caso y relevancia histórica.

Se tiene en cuenta que la cartografía es una representación visual de una región específica de la corteza terrestre, la cual responde a los intereses y objetivos definidos por sus productores y consumidores (García Rojas, 2018). Por lo tanto, aquello representado en los mapas no necesariamente representa a una región como fue exactamente en un determinado pasado. Pues, el objetivo de esta ciencia no es retratar una región, sino, más bien, sintetizar su información específica para que pueda ser entendida por un tercero. Además, se vuelve necesario para un análisis histórico, tener en cuenta los símbolos y el contexto de producción de cada plano, así como el pensamiento imperante de su tiempo.

Este análisis se efectúa a partir de la metodología propuesta por Carlos de San Antonio Gómez. Consiste en la catalogación de cada plano y mapa por medio de fichas, para, posteriormente, elaborar una tabla de contenidos gráficos de cada uno. De manera que, tanto la fuente cartográfica como sus distintos elementos visuales puedan ser comparados a lo largo del tiempo y en dicha comparación se vuelven visibles las transformaciones del terreno, los usos del suelo, las formas de representar el espacio y el avance del trazado urbano del barrio. En palabras de San Antonio Gómez:

La metodología es novedosa ya que estudia la cartografía histórica con criterios objetivos y no meramente descriptivos como son los cronológicos, temáticos o de escuelas cartográficas. Los criterios para el análisis parten de los estudios de Ernst

Gombrich sobre la representación gráfica, sus fines y medios; la creación, función e interpretación de imágenes; y la evolución darwiniana de las convenciones gráficas con la invención, descubrimiento, asimilación y adaptación de códigos gráficos (San Antonio Gómez, 2006, pág. 14).

Dicho esto, se pretende, por medio de un análisis visual, comprender las transformaciones de los territorios que componen tanto al barrio La Tola como la ladera meridional de la loma Itchimbí. De manera que se pueda visualizar el impacto de la urbanización, las políticas de planificación urbana y la ejecución de obras públicas en la geomorfología de la loma. Adicionalmente, observar cómo es que esta forma montañosa ofrece facilidades y resistencias a los procesos urbanos, para, finalmente, comprender la forma física y simbólica que toma este peculiar barrio en relación directa con su espacio físico a lo largo del tiempo. De estas fuentes se espera que revelen no solamente las diversas territorialidades que confluyen en este barrio, sino también una aproximación a la “memoria de la naturaleza” correspondiente a la forma de la tierra.

Por otro lado, a partir de la cronología de los planos y mapas escogidos, se consultan también documentos oficiales emitidos por el Consejo Municipal de la ciudad de Quito. Esto es, ante la necesidad de contextualizar la producción de estas fuentes cartográficas, el pensamiento imperante de cada tiempo y la visión con la que se maneja el accionar municipal. Por lo tanto, se revisa también la Gaceta Municipal y las actas del cabildo de los periodos correspondientes a la expansión urbana sobre el espacio del Itchimbí, (1921, 1932, 1941, 1958, 1972). Estas fuentes están ubicadas en el Archivo Metropolitano de Historia, fueron revisadas en formato digital.

Finalmente, se tiene una perspectiva del largo proceso de urbanización sobre el barrio La Tola y los discursos oficiales retratados tanto en los documentos municipales como en la cartografía. Después de tener una configuración de los grandes procesos sociales y económicos que han dado forma al espacio nacional y urbano del Ecuador y Quito respectivamente, es esencial tener una perspectiva humana e individual, proveniente de quienes habitaron estos espacios y vivieron estos procesos. Se busca una perspectiva más personal, una visión del barrio desde adentro, por lo que es preciso integrar relatos que manifiesten la relación singular de los *toleños* con su espacio y territorio.

Por esta razón, se han realizado cuatro entrevistas a personas clave, quienes, si bien están emparentadas directamente, han desarrollado un sentido de pertenencia y apropiación del espacio muy diferente. A partir de estos datos y anotaciones se puede hacer una aproximación a la memoria de estas personas que, más allá de ser un mero complemento a las otras fuentes, puede revelar aromas, alegrías, descontentos, relaciones de pertenencia y escenarios territoriales que se escapan de las líneas trazadas en la cartografía y a la visión vertical de los documentos oficiales.

Límites y aclaraciones

Se expresa un gran lamento por no profundizar en el rol de los Salesianos en la configuración en general del barrio La Tola, famoso por su devoción católica expresada continuamente por medio de la celebración pública de procesiones y misas. La gestión de los salesiano no se limitó a temas religiosos, fueron muy activos a la hora de gestionar obras públicas, organizar a la población, gestionar la construcción de iglesias, hasta organizar mingas o protestas. La presencia de los Salesianos en este barrio es muy fuerte desde la creación de la Hospedería Campesina (una acción impopular entre los vecinos) hasta prácticamente “monopolizar” las relaciones sociales del barrio, pues era en las iglesias donde los vecinos se conocían, iban a socializar.

Se lamenta mucho más no expresar con claridad, ni tampoco integrar en esta investigación, la categoría, por así decirlo, de “calle”. Esta no hace referencia al trazado urbano sino al desarrollo de la vida en las arterias, la cual se expresa claramente en el barrio La Tola. No se ha profundizado lo suficiente en el contacto de los vecinos con la fauna y flora a lo largo del tiempo, pues no se ha hecho una Historia Natural profunda con respecto a las especies que habitan el Itchimbí. Tampoco se ha comparado el proceso de este barrio con los de otros con otras geomorfologías, se espera que en un futuro sea factible profundizar en estos temas, pues tienen muchos aportes que ofrecer a la disciplina histórica.

CAPÍTULO 1: CRECIMIENTO URBANO DE QUITO EN EL SIGLO XX

A inicios del siglo XX, los territorios sobre los que la República del Ecuador ejercía soberanía eran muy diferentes; estos apenas tenían conexión directa con la capital. La influencia de la ciudad de Quito como de las instituciones del estado que tienen sede en esta, era muy limitada sobre las diversas localidades que componen el actual territorio ecuatoriano. Por lo que deberíamos entender al Ecuador de esos tiempos, al menos en términos territoriales, más como a una aglomeración de territorios conectados de maneras endebles y en construcción., más que como unidad política y espacial.

La consolidación de un espacio nacional es un proyecto (que podría considerarse inconcluso) en construcción desde el nacimiento de la República del Ecuador en 1830, pero que en la práctica se realiza a partir de 1908, cuando la línea férrea llega a la capital aperturando el eje comercial Quito-Guayaquil. A partir de este eje es posible unificar estos dos territorios por medio de relaciones tanto políticas como comerciales y además integrar a la ciudad de Quito en el incipiente mercado mundial de inicios del siglo XX. Los demás territorios de la república se irán incorporando al espacio nacional con el pasar del tiempo, especialmente en la segunda mitad del siglo por medio de vías carrozables.

Sería erróneo argumentar que los avances de la revolución industrial y las ideas modernas llegan a la ciudad de Quito únicamente a partir de la llegada del ferrocarril, pues, algunas de estas ya se habían manifestado en temporalidades anteriores. Pero es a partir de la primera década del siglo anterior que las ideas modernas² empiezan a generar cambios radicales en los hábitos de consumo, las formas cotidianas de vida y el ejercicio del poder; por lo tanto, también en las formas de concebir, utilizar y habitar el espacio, el suelo, el territorio y por ende la relación con las mismas montañas.

1.1. Demografía y transformación del espacio

Al observar los mapas y planos históricos del Ecuador, en apariencia el espacio nacional ha disminuido y ha sido cortado por vecinos países mal intencionados a lo largo de la historia. Sin embargo, el espacio organizado, poblado y controlado, por el Estado ecuatoriano con sede en la ciudad de Quito, ha crecido y se ha consolidado con

² "Modernidad" desde el pensamiento de Eduardo Kingman Garcés, entendida como una noción histórica, mas no como una categoría conceptual: relativo a cada época y a las mentalidades que la componen, con características específicas.

el correr del tiempo (Deler, 1983). Consolidar el espacio nacional, ha sido un proyecto que ha tomado siglos, teniendo en cuenta que la movilidad interna era realmente difícil y la comunicación interprovincial no pudo interconectarse realmente hasta los años sesenta, pues en estos años se concretan las redes viales del país.

Las diversas localidades del país, no estaban directamente adscritas a la autoridad de la capital, el sentido de pertenencia, así como el eje productivo era netamente local, en términos demográficos el Ecuador era un país netamente rural, el común de los ecuatorianos vivía directamente relacionado con la hacienda, siendo la tierra el más importante medio de producción. Lo nacional, en términos económicos y sociales se construyó de a poco en siglo XX, siendo el país anterior a los años setenta, más un conglomerado de territorios que respondían a intereses locales, más que un espacio nacional unificado ordenado (Báez Rivera, Ospina Peralta, & Valarezo, 2004).

La ciudad de Quito, como el resto de ciudades andinas, surge en el contexto de la conquista española como una estrategia de control territorial y administrativo sobre las poblaciones indígenas. Se construye como una ciudad diversa tanto en términos humanos como geográficos, expresando las ambigüedades de una política que busca contener a personas de diversas tradiciones y culturas. Así, pues, las ciudades andinas se erigen como centros de acumulación de capital cultural y simbólico, por lo que se construyen como espacios de prestigio en contraposición al campo y a la naturaleza. (Kingman, 2006).

Quito se construye como el centro económico y cultural de los territorios que hoy componen el Ecuador, aunque su influencia directa se limitaba a la sierra centro-norte, pues ciudades como Guayaquil o Cuenca contaban con los suficientes recursos y poder para tener sus propias zonas de influencia. En las ciudades andinas se genera una sociedad fuertemente jerarquizada en la que la ciudadanía estaba ligada directamente al prestigio social y familiar, así pues las ciudades también estaban ordenadas en categorías, pues la ciudadanía más allá del prestigio social, surge como una estrategia de control y administración de las poblaciones, donde las ciudades provinciales si bien estaban bajo la influencia simbólica y política de la capital, también ejercían poder sobre los poblados más pequeños y las haciendas.

En estas sociedades se fusionaban las tradiciones tanto de españoles, como de mestizos, indios y negros, viviendo su mayor esplendor alrededor del siglo XVII y permaneciendo viva en alguna forma incluso hasta nuestros días (Kingman, 2006). Sin

embargo, la ciudad de Quito más allá de su posición de prestigio, en la práctica era más bien una pequeña población atravesada por el campo, en donde también se reproducían los espacios propios del mundo indígena llegando a ser un espacio donde los distintos sectores sociales al encontrarse también se confundían entre ellos y es de alguna forma, a partir de esta confusión, que nace también la necesidad de pertenencia a un estamento y de buscar formas de distinción social.

Esta ciudad señorial, en términos de Eduardo Kingman Garcés reproducía un contexto racista, paternalista y patriarcal, que si bien tiene un origen hispánico, no solo sobrevive a los movimientos independentistas, sino que se acentúa a lo largo del siglo XIX principalmente en la sierra. Los señores de las haciendas, una vez desaparecida la influencia de la corona española, fueron los encargados de fabricar una nueva cultura de carácter nacional, dominaban todos los aspectos de la vida (en formas directas o simbólicas), tanto los cotidianos y familiares, como los medios de producción y el mismo estado, sus familias ejercían su poder directamente sobre la población indígena, quienes eran la fuerza de trabajo en todas las haciendas; a cambio de tierra donde vivir, trabajaban al servicio del señor de la hacienda quien tenía una figura muy similar a la de un señor feudal de la Europa medieval (Báez Rivera, Ospina Peralta, & Valarezo, 2004).

De esta manera la ciudad se construye como un ideal civilizatorio, símil de modernidad y decencia; en contraposición al campo y al indio, relacionados con la barbarie y el atraso (Espinoza Apolo, 2004), a la par se construye también el imaginario del indígena como la “raza vencida” o el “buen salvaje”, alguien estancado en el tiempo, necesitado de ayuda y sin una voz propia, no únicamente por el uso de una lengua distinta sino también porque en ocasiones eran vistos como una propiedad más de la hacienda.

Los indios incluso si estuvieran radicados en la ciudad no necesariamente era percibidos como miembros de esta, de alguna forma eran como una población flotante, con doble domicilio uno en la comunidad y otro temporal en la ciudad, un ejemplo serían los indios de Zámbez quienes estaban obligados a recoger los desechos de la humanos de las casas señoriales para depositarlos en la quebrada de Jerusalén (Espinoza Apolo, 2004). Las relaciones laborales se enmarcaban en la servirme más que en mercado laboral, los trabajadores dependían directamente de un señor o de una familia

prestigiosa, la costurera, el jardinero o el zapatero estaban asociados o con un gremio o con una gran familia a la que otorgaban su trabajo exclusivo.

En este contexto, los barrios eran una especie de espacio intermediario entre el campo y la ciudad, era a partir de estos que se establecían conexiones entre las comunidades indígenas y sus antiguos miembros que se habían radicado en la ciudad. Las quebradas de alguna manera actuaban como muros naturales entre los distintos barrios, en los cuales se desarrolla un fuerte sentido de pertenencia, ser parte de un barrio era tan impórtate como ser parte de un estamento y cada barrio contaba con su propio prestigio y territorio, el cual era defendido por sus integrantes de los miembros de otros barrios, los cuales podían ser considerados invasores, los grupos o jorgas de los barrios eran muy serios al momentos de defender un espacio considerado como propio al punto que se desataron verdaderas batallas entre barrios denominadas “guerras de los guambras”

Estas se libraban en los contornos de la ciudad: en colinas y quebradas, y derivaban en luchas encarnizadas que duraban horas e incluso algunos días como sucedió en febrero de 1907. Los participantes usaban por lo general una variedad considerable de «armamento»: piedras, huaracas (hondas), pitos, espadas, rifles de palo, «canillones», cañoncitos de casquillos y de escopeta. En estas circunstancias era comprensible que la batalla arroje al término de la misma uno que otro muerto, muchos heridos, y entre éstos, algunos de gravedad. Muchas veces dichas grescas fueron disueltas con la intervención de la misma policía y el ejército, y hubo una ocasión, allá en el año de 1897, en que el gobierno hizo rodear con soldados armados a los guambras vencedores, a quienes apresaron, metieron en los cuarteles y junto a las tropas militares los enviaron a combatir en Chimborazo (Espinoza Apolo, 2004, pág. 43)

Es importante notar la relación entre los barrios y el uso de quebradas para designar sus “límites naturales”, en este relato se puede observar claramente cómo se definen mutuamente las formas del relieve y las estructuras sociales como los barrios, que tienen que adaptarse al espacio disponible. Al observar desde una perspectiva ambiental, es preciso anotar que los “límites naturales”, son en realidad inventados (Gallini, 2004), se puede imaginar de alguna manera la decepción de un niño que busca la línea del mapa por la ventana de un avión, pues a pesar de que cartografía muestre un límite como algo real, en la práctica este solamente existe en el campo mental, lo mismo ocurre con los “límites naturales”, el ambiente y sus elementos no reconocen ningún

límite entre ellos, son los seres humanos quienes han tomado como referencia, un río, un lago o una montaña para definir el espacio que sienten como propio, el hecho que un humano no pueda a travesar un acantilado, no significa que este signifique un límite para la naturaleza, tan solo un gato podría burlar barreras que le son imposibles a un humano.

El papel de la naturaleza es en cambio todo lo contrario: desdibujar las fronteras humanas incesantemente, como hace casi poéticamente en la cuenca amazónica, donde las fronteras nacionales de los países que la comparten se mueven en relación con la actividad de los ríos y la selva, volviendo un sinsentido la expresión “frontera natural” (Gallini, 2004, pág. 4).

La ciudad de Quito, al estar atravesada por tantas quebradas y montañas las utiliza para crear límites entre sus espacios, tan reales como simbólicos, pues a veces aun cuando una quebrada es rellenada, este espacio continúa siendo pensado como un límite. La vieja ciudad señorial cuyo orden social había permanecido prácticamente sin cambios durante siglos, al entrar al siglo XX empieza a reconfigurarse y a ser modificada de forma lenta pero radical, por el influjo de la revolución industrial en Europa y las nuevas ideas modernas, redefiniendo los límites y espacios. Se puede observar que a lo largo del siglo XX esta ciudad señorial se desarticula lentamente hasta llegar a ser la ciudad de Quito se puede observar hoy en día, el proceso iniciado en 1908 se estructura firmemente a partir de 1972 en el contexto del *auge petrolero*, a lo largo de las décadas se puede observar como la ciudad moderna empieza a desplazar a la ciudad señorial, sin embargo, esto no significa una eliminación de lo anterior, sino todo lo contrario.

Partiendo de la tesis de Eduardo Kingman Garcés, “en Quito, como en otras ciudades de los Andes, se adoptó el espíritu moderno, pero las bases que sirvieron para ello no fueron siempre modernas” (Kingman, 2006, pág. 41) el motor de transformación de la ciudad señorial a la modernidad estuvo impulsado por el incremento de las rentas en el mismo sistema de hacienda, más que en la industria o en la introducción de relaciones sociales modernas (capitalista-trabajador). Por ejemplo, se puede observar en las dos primeras décadas del siglo XX, que las rentas producidas por las exportaciones de cacao impulsaron la creación del eje comercial Quito-Guayaquil (1908), la modernización del estado y el fortalecimiento la banca, pero las estructuras sociales basadas en la servidumbre como el huasipungo continuarían hasta la Reforma Agraria

de 1973, la cual fue propiciada por los gobiernos militares con el respaldo de una incipientes burguesía local y los Estados Unidos, los mismos que en el contexto de la Guerra Fría esperaban evitar una revolución al estilo chino (Báez Rivera, Ospina Peralta, & Valarezo, 2004).

En la ciudad de Quito, la modernidad se manifiesta en el consumo de bienes y hábitos modernos, por lo general importados de otras geografías, pero cuyo uso tiene un significado local, el mismo que está más ligado a la distinción social que al desarrollo industrial, intelectual o tecnológico. Lo moderno se construye como una forma de diferenciación de lo no moderno, así como lo urbano, de lo no urbano; es decir, que lo moderno y urbano se entiende a raíz que no es rural, indio o natural. De manera que al momento en que la cosmología moderna llega a la ciudad, la contraposición entre naturaleza y cultura típica de esta cosmología, se manifiesta también a través de la contraposición entre ciudad y campo, y además en la contraposición de cultura blanco-mestiza y cultura indígena.

Es importante anotar que la yuxtaposición de lo moderno sobre lo señorial no se da inmediatamente, sino que es un proceso lento que va incorporando distintas herramientas, imaginarios y concepciones estéticas conforme avanza el tiempo, sin que esto signifique la eliminación de la ciudad señorial, la cual en varias ocasiones sobrevive pero con características modernas, incluso hasta la actualidad. Por lo tanto, la cosmología moderna, si bien desarticula a la ciudad señorial reemplazando los gremios por el mercado laboral; lo artesanal por lo industrial; lo local por lo importado, también acentúa muchas otras, como el lugar de prestigio de las ciudades, las cuales se comprenden como los únicos espacios modernos.

La idea de lo moderno ligado exclusivamente a lo urbano, provoca que tanto desde el estado central, como desde los gobiernos locales se priorice la atención a las ciudades dejando en último término los espacios rurales, lo que se traduce también en un incremento de la influencia de las ciudades en el territorio ecuatoriano. Además la paulatina consolidación del espacio nacional, facilita el transporte interprovincial y el comercio interno, favoreciendo el crecimiento de las ciudades tanto física como simbólicamente. Si en 1908 Quito y Guayaquil estaban conectadas por medio de una línea férrea, para 1975 mayoría de las capitales provinciales estaban conectadas por medio de una red vial.

Gracias a las ganancias petroleras, el Estado se fortaleció, aumentó su presencia en las diversas localidades, por medio del impulso de obras públicas y la apertura de nuevas instituciones en las provincias. Las jerarquías locales se transformaron abriendo paso a las clases medias ligadas a la burocracia, el Estado gana presencia en la política de las localidades volviéndolas dependientes de los ingresos petroleros que eran entregados desde la capital (Báez Rivera, Ospina Peralta, & Valarezo, 2004).

Para el siglo XIX, la ciudad de Quito se erigía como un centro hegemónico y cultural, para el siglo XX, esta concepción se intensifica sumando a que las ciudades eran más favorecidas en cuestión a inversión tanto pública como privada, también son percibidas desde el campo como espacios simbólicos y de prestigio, lugares donde trabajar, progresar y por ende modernizarse. “La ciudad como un mundo para el futuro”. “La ciudad de las luces”. “La ciudad que nunca duerme, que siempre está activa”. “La ciudad como futuro para todos” (Bernal Carrera, 2012, págs. 688-689)

Estos imaginarios, sumados a la desarticulación del huasipungo, dejó libre a una gran cantidad de mano de obra, teniendo en cuenta además la modernización de las grandes haciendas, contra las cuales no podían competir los pequeños propietarios (Espinoza Apolo, 2004) y sin olvidar la presión demográfica campesina; generaron una oleada de migrantes que se dirigieron principalmente hacia Quito y Guayaquil. Este proceso es una constante que se volvió visible a partir de los años treinta (Espinoza Apolo, 2004) y se incrementó en los tiempos de bonanza económica, especialmente en los años setenta donde las acciones del gobierno central provocaron un éxodo hacia las ciudades (Báez Rivera, Ospina Peralta, & Valarezo, 2004).

Los conservadores quiteños quienes tenían un sentido de pertenencia local muy fuerte, incluso entre sus mismos barrios, como ya se ha mencionado, empiezan a percibir a los recién llegados como invasores. Si bien en un inicio los migrantes buscaban trabajo temporalmente para devolverse al cabo de un tiempo a su tierra de origen, estabilizarse en la ciudad fue una tendencia en aumentando a partir de los años treinta y al transcurrir el siglo XX (Cabrera Hanna, 2017). La discriminación contra los chagras era especialmente fuerte entre las clases populares, quienes los veían como competencia al momento de conseguir trabajo, el cual escaseaba (Espinoza Apolo, 2004), las élites en cambio optan por otras estrategias de discriminación usando el espacio como modo de diferenciación, abandonando los barrios y yendo hacia el norte.

A partir de la llegada del ferrocarril, las elites quiteñas empezaron a consumir mercancías que hasta ese momento les eran desconocidas, entre estas también se encontraban libros con ideas modernas y planos arquitectónicos que apuntaban a formas más modernas de habitar la ciudad. Los conceptos de confort, familia nuclear e higiene, que llegan a inicios de siglo, transforman la manera de concebir el espacio citadino, ya que no solamente exigían una mayor proporción de espacio, sino que modifican la forma en la que éste debía ser habitado y utilizado; sin embargo, se conserva la misma dualidad racista entre lo blanco-mestizo y el indio, quien además de bárbaro empezó a ser concebido como antihigiénico. Así pues, las élites concibieron a los barrios tradicionales, como lugares socialmente contaminados y prefirieron abandonarlos en búsqueda de nuevas residencias que se ajusten a estos nuevos ideales (Kingman, 2006).

Las ideas modernas exigen espacios específicos para industrias, barrios obreros, lugares de recreación, centros económicos y centros exclusivos, por lo que se concibe la ciudadela como un modelo urbano de progreso y estatus (Kingman, 2006). Entre 1940 y 1980 las familias más adineradas abandonan completamente los barrios del centro, el cambio de patrones de consumo dado por el progresivo cambio en el gusto y lo percibido como moderno, provoca cambios también en las formas de distinción social, incorporándose al poder adquisitivo y la vestimenta, el uso del espacio. Partiendo de estos nuevos ideales de exclusividad, se vuelve necesaria una planificación que ordene el crecimiento de la ciudad, contenga la migración y delimite sus espacios.

Se observa entonces que en los Andes, la ciudad en si es símil de prestigio mientras que el campo y la naturaleza son concebidos como barbarie o salvajismo, por lo que este valor simbólico sumado a las oportunidades de trabajo, generan una fuerte migración interna, la misma que provoca conflictos sociales y la adopción de nuevas formas de uso del espacio en cuestión al habitarlo.

1.2. Planes de crecimiento urbano y acciones municipales

La cosmología moderna se manifiesta en las ciudades andinas, principalmente como una forma cultural de distinción social, el uso del espacio a la hora de habitar responde a estas exigencias culturales creando ciudadelas y conjuntos habitacionales cerrados en contraposición a los barrios tradicionales, típicos de la ciudad señorial. Sin embargo, usar el espacio como forma de distinción social no es totalmente exclusivo de la cosmología moderna, en el mundo andino ya había distinciones entre espacios

geográficos de mayor o menos prestigio, pero al concentrarnos en las ciudades andinas, se debe recurrir en un inicio a la cuadrícula.

Teniendo en cuenta la cuadrícula como forma de organización del espacio, se puede rastrear esta forma de planificación urbana hasta los antiguos sumerios, en América si bien existieron grandes ciudades delicadamente planificadas como Cuzco, la cuadrícula se impone en estas tierras como forma base para organizar ciudades, que controlasen los territorios conquistados por los expedicionarios españoles. Tomando su nombre de la tabla para jugar damas, el damero se impone en América a manera de una ciudad ideal, el cuadrado y la línea recta son usados para organizar y distribuir el territorio, separando lo ordenado de lo no ordenado. El damero es una imposición civilizatoria que separa la ciudad como centro religioso, político y social “civilizado”; del campo, el bosque, el monte y lo salvaje (Ortiz Crespo, 2007).

Ordenar un espacio significa también ejercer poder sobre este y en el caso de la ciudad de Quito, su territorio estuvo permanentemente bajo planificación desde la misma distribución de solares³ por los conquistadores y fundadores de la ciudad (1534), este modelo conocido como *radial-concéntrico* representa las formas de organización urbana desde el siglo XVI hasta 1908 (Carrión F. , 1980).

Esta política de planificación responde al contexto de la ciudad señorial, la cual estaba compuesta de grandes casas que respondían a una estructura familiar típica de su tiempo, en este contexto, la familia consanguínea no necesariamente significaba la totalidad de la misma, la cual se extendía a la familia política, criados, sirvientes, arrendatarios, entre otros; los que compartían una misma casa, el entorno doméstico tenía un ambiente más público, donde si bien todos tenían un lugar en la sociedad, físicamente compartían los mismos espacios (Kingman, 2006), de ahí la importancia social del “dueño de casa”.

A partir de la llegada del ferrocarril a Quito, (1908) la cosmología moderna transforma este escenario dando inicio al proceso de planificación urbana denominado *longitudinal*, el cual está influenciado directamente por la unificación y consolidación del estado ecuatoriano y el inicio de la dominación de modo de producción capitalista, el cual mercantiliza la tierra y sus usos. Quito ya no se piensa únicamente como la ciudad más prestigiosa de una región, sino como la capital de una nación de cuyo

³ Solar: se define como cuarto de manzana (Ortiz Crespo, 2007)

Estado es sede. La ciudad empieza a expandirse hacia los extremos norte y sur. Consiste en un intento por parte de los hacendados para salir de una crisis urbana provocada por los procesos desencadenados a inicios de siglo, es decir, adaptar la ciudad conforme a los nuevos conceptos modernos: ferrocarril, nuevos servicios, barrios y edificios (Carrión F. , 1980), además de los primeros intentos para contener la gran cantidad de migrantes que empezaban a llegar a la ciudad.

Oficialmente la primera planificación urbana de la ciudad de Quito inicia en los años cuarenta, El Plan Regulador (1942-1944), más conocido como Plan Odriozola, nombrado así por Jones Odriozola, arquitecto que lo concibió, plantea las bases ideológicas, conceptuales e instrumentales del posterior manejo de la ciudad. Esta planificación denominada *longitudinal-polinuclear* (Carrión F. , 1980), surge como respuesta ante una crisis urbana desatada principalmente por las oleadas migratorias de los años treinta, representa una nueva versión de la anterior y oficializa la segregación por medio del uso de suelo a partir del eje norte-sur. Se basó en criterios ideales de especialistas traídos del exterior quienes no contaban con conceptos históricos de la ciudad y más bien se centraron en pensarla hacia el futuro, buscando una visión unitaria de la ciudad (Carrión & Vallejo , 1992).

En este plan la ciudad es dividida en tres sectores muy bien definidos: Sur, destinado para acoger a la mayoría de migrantes del campo y la formación de barrios obreros; Centro, de alguna manera es en este plan cuando se inventa el “Centro Histórico”, busca conservar su simbolismo como centro de poder y administrativo a la vez que desarrolla un plan para su conservación y plantearlo como patrimonio; Norte, lugar de residencia de las familias más acomodadas donde se albergarán centros de recreación y educación (Cabrera Hanna, 2017). En este plan la higienización urbana justificó un blanqueamiento social basado en el control del uso del espacio público y la demarcación de las manifestaciones sociales y económicas populares (Kingman, 2006).

Es importante destacar el rol del “Centro Histórico”, el cual es un espacio pensado con fines de conservación, pues los edificios y espacios enmarcados en este lugar tienen un gran valor histórico, simbólico y cultural. Este es pensado como un conjunto arquitectónico (1942) y posteriormente como un “casco colonial” (1967), estos edificios y espacios debían ser protegidos por medio de leyes que dirijan el accionar sobre ellos.

De manera general, los límites del Centro Histórico identifican dos áreas muy visibles: un área de protección edificada (376 ha.) y otra de protección natural (230 ha.). La zona se articula alrededor de un núcleo central (54 ha. aprox.) que corresponde al de la parroquia González Suárez (55 manzanas) y el área circundante se integra, a su vez, con los barrios Alameda, San Blas, San Juan, El Tejar, San Roque, La Chilena, El Placer, Aguarico, San Diego, San Sebastián, La Recoleta, La Loma, San Marcos y La Tola (14 cuerpos barriales que comprenden 229 manzanas) (Cabrera Hanna, 2017) .

A partir de los años sesenta se entiende el período conocido como *Metropolitano*, el cual continua vigente hasta finalizar el siglo y promueve una segregación de tipo centro-periferia (Carrión F. , 1980). El acelerado crecimiento tanto de la población como del parque automotor, vuelve necesario idear un plan que regule el tráfico y además el uso del Centro Histórico, incorporándose a estas políticas la idea de patrimonio, influenciada fuertemente por la carta de Venecia (1963), la cual impulsa la protección del patrimonio por medio de la burocratización de la cultura (Cifuentes, 2016).

A diferencia del “Plan Regulador” (1942) que concebía al centro como un conjunto de monumentos aislados, estos buscaban organizar todo un “casco colonial” a manera de un mismo patrimonio histórico, el cual debía ser protegido (Cabrera Hanna, 2017). El plan director de Urbanismo (1967) sigue lineamientos planteados por la ALPRO⁴, buscando una acción social basada en el acceso a servicios y vivienda, se experimenta un auge de la construcción impulsado por la creación del Banco de la Vivienda y demás asociaciones mutualistas, disparando la demanda de tierras. Este intento de reordenamiento urbano se basa en la distribución de la población, zonificación de usos del suelo, disposición específica de los terminales terrestres y la priorización de un sistema de vías que garantice una mayor movilidad norte-sur, ideándose por ejemplo los túneles de la Avenida Occidental (Carrión & Vallejo , 1992).

Unos pocos años después surge el Plan Director (1973-1993), guiado por lineamientos totalmente tecnócratas, busca controlar el medio social urbano, según este plan se podía dar solución a la problemática de la organización urbana bajo preceptos desarrollistas donde lo humano queda reducido a cifras y números, a diferencia de los anteriores planes, no es pensado a nivel local sino con una visión de corte nacional, en

⁴ Alianza para el progreso, política impulsada por John F. Kennedy para disminuir la influencia soviética en América Latina

el contexto de las dictaduras militares y el *auge petrolero* buscan urbanizar todo el país, pues la ciudad se ve como un modelo de control social. Debido principalmente a la falta de concordancia legal, varias secciones de este plan terminarían concretándose en el Plan Quito (1981), donde se revisan nuevamente sus propuestas pero bajo nuevas expresiones de desarrollo, este es un plan que hace especial énfasis en lo urbano-jurídico y empieza a concebir a la ciudad en conjunto con su microrregión y organización distrital.

Estos planes tienen como prioridad la fluidez vial y la conservación del aspecto arquitectónico y monumental del Centro Histórico, sin contemplar necesariamente el impacto sobre la población circundante a estas obras públicas o las características específicas del relieve quiteño (Cifuentes, 2016). Las obras públicas en ocasiones separaban poblaciones, dificultando los accesos a pie en lugares específicos, además las autopistas se imponían arbitrariamente en el espacio, pensando únicamente en el tráfico y olvidando que también serían cruzadas por peatones.

Si nos detenemos en el caso de San Blas, el Plan Director de Urbanismo (1967) contemplaba como prioridad el tráfico en la ciudad, en la búsqueda de agilizarlo se interviene con una serie de pasos a desnivel, con el fin de conectar la Avenida Diez de Agosto con la recién construida Avenida Pichincha (Relleno de la Quebrada Itchimbía), al momento de la ejecución de esta obra no se tomó en cuenta a los pobladores de la plaza de San Blas, donde se eliminó el mercado, afectando directamente a la configuración del barrio, además de no considerar pasos peatonales, quedando sus habitantes aislados por la autopista y dando poca importancia a la Biblioteca Nacional, cuya demolición terminaría restando importancia cultural al sector (Cifuentes, 2016).

A lo largo de estos años se vivió la imposición del urbanismo capitalista, concentrador y excluyente, que tiene como efecto principal el desequilibrio social, territorial y ecológico. El proceso de urbanización, entendido como el proceso de convertir un espacio de características rurales en uno con características urbanas, ha provocado la degradación del medio ambiente, al alterar la calidad de vida tanto urbana como rural. Tan solo en los años setenta tratar el suelo habitable con lógicas de mercado, basado en la especulación de tierra, en complicidad con el municipio que priorizaba el accesos a servicios de las ciudadelas con respecto a los barrios, produjo un incremento 700% en el precio de la tierra, mientras que el poder adquisitivo del sucre disminuyó a un tercio, incluso en los barrios nuevos más alejados, si bien el coste de la

tierra era más barato, representaba un gran incremento en el coste para proveerlos de servicios, coste que terminarían pagando sus propios habitantes (Carrión F. , 1980).

El proceso de urbanización a lo largo del siglo XX desplazó o modificó la vida de muchas poblaciones, sea por medio de cornuvación o por gentrificación, al momento de especular sobre las tierras desde el accionar municipal. En búsqueda de incrementar el beneficio del capital, se planificó muchas veces sobre terrenos baldíos, que en la práctica estaban habitados y simplemente no habían sido reconocidos oficialmente, se ejecutaron varias obras públicas sin tener en cuenta a la población o se absorbieron otras poblaciones más pequeñas modificando completamente sus dinámicas de vida. La urbanización produjo el detrimento de la calidad de vida en la mayoría de la población afectando directamente a la ecología urbana, es decir a la calidad de vida directamente relacionada a la organización territorial (Carrión F. , 1980).

Como se ha podido observar, las formas de pensar modernas repercuten directamente en las formas de organizar el espacio, el mismo que reproduce discursos sociales en los espacios públicos y privados. A lo largo del siglo XX, la modernidad cambia de enfoques y prioridades, llevando a la ciudad de Quito a asumir distintas posiciones como ciudad a lo largo del tiempo, transformándose de ser únicamente la ciudad con más prestigio a ser la capital de una nación, o como el eje central de una región. Asimismo, sus espacios internos cobran nuevos significados y valores conforme avanza el tiempo, los barrios se desprestigian dando paso a la exclusividad como modelo ideal de habitar.

1.3. Análisis de cartografía de Quito

La cartografía histórica es una fuente visual verdaderamente rica, ofrece al investigador una gran variedad de información que puede ser utilizada de muchas maneras. Cada fuente tiene su característica específica de acuerdo a su tiempo y a la intención de su productor, expresando de forma visual el pensamiento y los paradigmas propios de quien la produjo, así como del tiempo y sociedad que esta persona tuvo como atmósfera. Los procesos anteriormente descritos, pueden ser observados en diversos planos y mapas, que fueron obtenidos en distintos fondos bibliográficos, al ser comparados de forma diacrónica, estas fuentes revelan los cambios que ha sufrido tanto el espacio como el trazado urbano en el devenir del siglo XX.

En la cartografía es posible observar no solo el trazado de las calles, sino también formas de pensar, habitar y relacionarse con el ambiente. Así pues, a pesar de haber sido producidos en el mismo año y mostrar casi el mismo trazado de las calles, el mapa turístico levantado por H.G. Higley (1903) que corresponde a la (figura 1), tan rico en detalles y colores, levantado por un viajero norteamericano, contrasta completamente con el blanco y negro, líneas rectas y la precisión del número de casas de en la (Figura 2), un plano mandado a grabar por el Intendente General Don Antonio Gil (1903), para uso explícito de la policía.

La cosmología moderna se expresa con facilidad en la cartografía, la misma que tiene un origen científico y técnico, llegando a ser ésta una voz, incluso, un símil de modernidad. En estas fuentes se observa la continua irrupción de lo modernizante a la ciudad de Quito, las formas en que esta es adoptada, la injerencia de estas ideas en las formas de concebir, habitar y planificar el espacio geográfico y la relación con el ambiente.

Por ejemplo, la relación de la ciudad con respecto a su ambiente, contrasta mucho de una fuente a otra, estas pueden hablar mucho sobre la relación de la ciudad con el relieve de las formaciones montañosas. En el plano levantado por el presidente de la Audiencia, Dionisio Alcedo y Herrera (1734) correspondiente a la (Figura 3), la ciudad es completamente contenida por el volcán Pichincha, el cual pareciese que le roba protagonismo a la ciudad; mientras que el plano levantado por los científicos de la Misión Geodésica Francesa, Jorge Juan y Antonio de Ulloa (1748) que se visualiza en la (Figura 4), es trazado con parámetros mucho más técnicos, tiene como eje el centro de la ciudad y la precisa ubicación de todos sus edificios, el volcán Pichincha es reducido a las faldas colindantes con la ciudad.

En el contraste de estos planos se puede observar una temprana imposición de la cosmología moderna en la barroca, puesto que el plano correspondiente a la (figura 4) permaneció durante varios siglos más como el principal referente cartográfico de la ciudad de Quito, mientras que el de la (figura 3) fue subestimado, tachado de inexacto y considerado demasiado artístico.

En estos planos, cuya producción se separa apenas por unos años, se puede observar claramente la irrupción del pensamiento ilustrado en las formas de concebir la ciudad, se tiene en cuenta que ambos planos representan la voz oficial del estado

español, todos son altos funcionarios con una extensa formación científica pero separados por la geografía y por su emocionalidad, mientras de Alcedo y Herrera pasó una gran parte de su vida en América del Sur y vio nacer a todos sus hijos en la ciudad de Quito, los expedicionarios tenían una visión más práctica y se aproximan a Quito desde un punto de vista científico. Mientras en Alcedo y Herrera el Pichincha es aun la base desde donde surgen los edificios, en el plano de los ilustrados las elevaciones se reducen a datos geográficos y se muestran únicamente en cuanto tocan directamente a la ciudad, mientras que el primero se observa una especie de collage entre arboles montañas y casas, en el segundo la representación de la urbe marca por completo la composición del plano (lo cual es de hecho su principal objetivo). Sin embargo, cabe preguntarse de forma abierta ¿Cuál de estos planos representó mejor a la ciudad de Quito?

Como se ha mencionado anteriormente, cada plano expresa el pensamiento de su tiempo, si se observa nuevamente la (Figura 1⁵), se puede observar que, para los primeros años del siglo XX, se conservan prácticamente el mismo número de casas y el mismo trazado de calles que en la primera mitad del siglo XVIII, si se lo compara con la (Figura 4). Sin embargo, las formas en las que la ciudad es representada no puede ser más distintas, este mapa turístico rebosa en colores, contiene la imagen de las figuras políticas notables de su tiempo, fotografías de los edificios más importantes y algo muy curioso, como elemento decorativo esta también un mapa que muestra la línea férrea del eje Quito-Guayaquil. La intención de este plano fue mostrar a la ciudad de Quito como una ciudad ya moderna, su infraestructura estatal y comercial y además su apertura hacia el mercado mundial, cabe destacar que este plano se imprimió cinco años antes de la llegada del ferrocarril a Quito, destacando las ansias por modernizarse por parte de las autoridades.

La siguiente ventana por la que observamos esta ciudad corresponde a la (Figura 5), no tiene una datación exacta, está hecha al parecer con lápiz o carboncillo y ha llegado hasta aquí por medio de la obra de Alfonzo Ortiz, Damero. Se titula *Quito Actual y del porvenir* y fue elaborado por el arquitecto J. Gualberto Pérez, quien fue uno de los pocos arquitectos graduados luego de que la Escuela Politécnica Nacional haya caído en desgracia a partir de la muerte de Gabriel García Moreno (1875), Pérez fue uno

⁵ A partir de esta nota en adelante se puede observar a las distintas fuentes cartográficas en la lista de "Figuras", las que se presentan en orden numérico en la sección de anexos.

de los profesionales más aclamados de su tiempo y se hizo famoso por trazar un plano de Quito con el detalle de cada una de sus casas, para el año de 1888. Pérez vivió en unos tiempos muy interesantes, en los que la idea del “progreso” oscilaba entre el liberalismo y el catolicismo.

Como ya se ha mencionado, este plano no cuenta con una datación exacta aunque a juzgar por las dimensiones de la ciudad (este arquitecto demuestra gran rigor al momento de representar cada una de las edificaciones de la ciudad), podría ubicarse en la segunda década del siglo XX. En este bello plano se observa no solamente la ciudad, sino también aquello podría “llegar ser”, pues además de mostrar con exactitud la ubicación de cada una de sus casas, representa también las ideas de este arquitecto al momento de imaginar un futuro para su ciudad. La capital del Ecuador, que había estado prácticamente aislada del resto del mundo hasta la llegada del ferrocarril en 1908, empieza su proceso de expansión y modernización en el siglo XX, la antigua paulatinamente será reemplazada por la ciudad moderna, aunque como ya se ha mencionado no en su totalidad.

El señor Pérez, permite visualizar en su plano el deseo de modernización de la ciudad, este trazado de calles que nunca llegaría a efectuarse tal cual se lo observa, vaticina la expansión urbana tanto hacia el norte como hacia el sur, concibe una ciudad que ha urbanizado sus montañas circundantes y que ha superado las barreras impuestas por las quebradas, una ciudad ordenada según criterios técnicos y expresa completamente la planificación denominada <<longitudinal>>. *Quito Actual y del Porvenir* presenta una proyección hacia el futuro, aquí la cartografía no se limita a representar lo existente, sino que también plasma las ideas personales de su productor, las cuales encajan dentro del pensamiento de su tiempo. Pérez tan temprano como a inicios del siglo XX predice obras públicas que se materializarían varios años después, como la Avenida José María Velasco Ibarra que no estará completa hasta 1975, aquí se muestran elementos tanto reales como imaginarios que expresan muy claramente el deseo de los terratenientes por construir una ciudad ideal.

Esta ciudad ideal no se construía únicamente en la mente de los urbanistas quiteños, fuera de sus imaginadas fronteras, miles de campesinos imaginaron también un lugar moderno donde podrían mejorar sus condiciones de vida, así lentamente la ciudad empezó a llenarse de migrantes provenientes de todos los rincones de país, expandiéndose mucho más rápido de lo pensado. Como ya se dijo anteriormente, los

recelosos quiteños, no vacilaron al mostrar su desconfianza por los recién llegados. Las élites especialmente percibieron su presencia como contaminante por lo que vieron necesario organizar el espacio conforme a los lineamientos modernos que planteaban confort y exclusividad.

La ciudad imaginada se vuelve una ciudad planificada, James Odriozola fue un arquitecto uruguayo a quien se contrató para planificar la futura expansión urbana de Quito, en 1942 toma forma el Plan Director, en este plan la ciudad se divide en tres secciones bien delimitadas, el Centro, Norte y Sur, en palabras de Eduardo Kingman Garcés, es en este plan donde se justifica la discriminación y el blanqueamiento social como una política pública en la ciudad de Quito.

Publicado en Febrero de 1947, El Plano de la ciudad de Quito levantado por el Servicio Geográfico militar presenta la ciudad en el contexto del Plan Regulador expresa la planificación denominada *longitudinal-polinuclear*, se observa claramente una ciudad en expansión, con nuevas ciudadelas y edificios públicos. Lo que alguna vez fue el sacrificado trabajo de unos pocos intelectuales dedicados a la cartografía, se profesionalizó y burocratizó por medio del Servicio Geográfico Militar fundado por Isidro Ayora, la ciudad moderna exigía también control y organización de su territorio, por lo tanto el uso de la cartografía se vuelve esencial no solo para el cabildo al momento de planificar la expansión urbana, sino también para el ciudadano que busca adquirir un terreno para su vivienda, pues para estos años la tierra ya se pensaba con una lógica de mercado. La cartografía indica claramente los espacios urbanizados, los edificios públicos y los lugares de entretenimientos, así como también los servicios que se ofertaban en cada espacio (teléfono, calles pavimentadas, agua potable, etc.)

Las haciendas aledañas, se deshicieron para dar paso a nuevos barrios y a nuevas formas de vida, la línea entre lo urbano y el bosque andino estaba más marcada que nunca antes, el mismo bosque se redujo a un dato dentro de la leyenda del plano, junto con los caminos, acequias, cercas y otros elementos representados, la ciudad no se observa contenida por las montañas, curiosamente las elevaciones son dibujadas mediante curvas de nivel hasta el momento en que topan la mancha urbana, la cual se traza de forma regular y plana, a pesar que en la práctica representa espacios con pendientes muy pronunciadas. Se observa además el proceso de relleno de las quebradas tanto en la ciudad existente, como en la ciudad proyectada, la urbanización empieza imponerse sobre el relieve, volviéndolo plano con fines funcionales tanto al momento

de representarlo en papel como al momento de modificar el relieve. (Carrión & Vallejo , 1992)

Para comprender mejor el periodo de planificación denominado *Metropolitano*, que como ya se mencionó tiene origen en los años sesenta pero que se materializó realmente en Plan Director (1973-1993), se observa un plano de sectorización datado en el año de 1975 y levantado por el Instituto Geográfico Militar, el cual permite observar tres sectores muy bien delimitados: Sur, Centro y Norte; estos a su vez se subdividen en 56 sectores a lo largo de toda la ciudad. Aquí se visualizan los edificios y obras públicas exaltadas, pues la ciudad se planifica en estos años priorizando la fluidez vial y la interconexión entre los centros industriales y los barrios obreros mediante el eje de comunicación norte-sur.

Se visualiza la ciudad en el contexto del *auge petrolero*, pues las ganancias monetarias obtenidas gracias al petróleo hicieron posible que en un corto tiempo se ejecutaran simultáneamente varias obras públicas, las cuales modificaron permanentemente el trazado urbano y su espacio circundante. Como capital del Ecuador, la ciudad de Quito reflejó los acelerados procesos de modernización que vivía todo el país en aquel momento, es en estos años que por medio de autopistas, obras públicas y el incremento de la burocracia, que se consolida el espacio nacional. El estado central ganó protagonismo por medio de las dictaduras militares, las cuales se tomaron el poder en el contexto de la Guerra Fría y en reacción al temor de una revolución de carácter socialista, este mismo temor impulsó en 1973, con el apoyo de Washington, la Reforma Agraria, la cual lejos de solucionar los problemas de las localidades, incrementó su dependencia de las ciudades acrecentando considerablemente la migración interna hacia las urbes.

Este masivo flujo de población provocó que la ciudad se esparza, con o sin planificación, sobre las faldas del Pichincha y otras formaciones montañosas que rodeaban la ciudad, nacieron nuevos barrios y con estos la necesidad de dotarlos de vías de comunicación y servicios básicos, muchos de estos tuvieron que esperar algunos años para estar formalmente urbanizados. El mercado y la especulación de las tierras jugaron un rol cada vez más importante, provocando que el costo incrementara mientras que los salarios se mantuvieron estables, precarizando así el acceso a la vivienda.

La gran mayoría de personas de escasos recursos se vieron obligados a ocupar espacios sobre las distintas elevaciones que rodeaban la ciudad de Quito. En este plano las formaciones montañosas están representadas en forma de curvas de nivel, las mismas que se disuelven conforme se acercan al casco urbano, si bien el objetivo principal de este plano es mostrar los distintos sectores de la ciudad, no se puede pasar por alto que la mayoría de las líneas que los delimitan se guían precisamente por el contorno de las elevaciones, esta situación se expresa claramente si se presta atención a los sectores de San Juan, La Tola, o el Panecillo, así mismo las quebradas a pesar de estar bajo el cemento todavía conservan un fuerte valor simbólico al momento de separar un espacio u otro, a pesar de que en este plano las elevaciones apenas se distinguen visualmente, su importancia simbólica permanece en el imaginario de los quiteños y los cartógrafos.

A través de la observación de estos planos ha podido observar no solo la expansión de la ciudad de Quito y las distintas formas de orden que toma la ciudad a lo largo del siglo XX, sino también que, desde esta perspectiva tanto la ciudad como las formaciones montañosas que la rodean, son concebidas, entendidas y representadas en la cartografía según el pensamiento imperante del tiempo, es decir la cosmología moderna de acuerdo con las características particulares de cada momento.

CAPÍTULO 2: LA TOLA, TRANSFORMACIONES DE UN BARRIO

Como ya se mencionó anteriormente, un barrio está circunscrito a un centro urbano, sus procesos históricos, relaciones de poder y elementos en común que componen su espacio geográfico, son compartidos, aunque no siempre de la misma forma. Pues la peculiaridad de un barrio es que en su interior existen formas y elementos muy particulares, para observar la influencia de los procesos históricos descritos en el primer capítulo sobre el barrio La Tola, se parte del análisis de cartografía histórica, muy útil para observar las relaciones entre el barrio y el centro de la ciudad, ya que la cartografía muestra en qué grado estos espacios son controlados de forma directa por las autoridades locales, pueden dar luces sobre el uso del espacio, así como los topónimos de los elementos del ambiente al que está adscrito el barrio La Tola.

2.1. Configuración de La Tola dentro del espacio urbano, cronologías y espacios internos.

Antes de profundizar en los procesos históricos y las territorialidades de La Tola, es preciso tener un panorama claro sobre su espacio geográfico y las temporalidades de sus transformaciones, se recomienda precisar la (Figura 14). Teniendo en cuenta el contexto de producción de la cartografía, generalmente ligada al estado y al poder, se puede argumentar que a partir del análisis del trazado de calles, la atención a los detalles y la forma en que se representa el espacio correspondiente al barrio, se observa el grado de influencia de la ciudad y sus autoridades sobre este determinado lugar. Además también se puede observar el espacio que ocupa el territorio con respecto al resto de la ciudad, las distintas áreas al interior del barrio y también los espacios aún más lejanos que se relacionan con él, de formas directas e indirectas.

El hecho de ser representado en la cartografía significa que el elemento está incluido o circunscrito al grupo de poder que ha producido el plano o mapa. La Tola aparece desde muy temprano en la cartografía, ya Dionisio Alcedo y Herrera (Figura 3) lo representa como un espacio separado, es interesante notar que en este plano el

espacio que correspondería a La Tola, está separado incluso de la Iglesia de San Blas. De alguna forma el origen del barrio, está ligado directamente a esta iglesia, pues corresponde a las poblaciones ubicadas detrás de esta en la ladera de la loma Itchimbía, sin embargo, en este plano, se lo representa de una manera más simbólica que precisa, al igual que muchos otros, elementos del plano, La Tola, está caracterizado por estar separado del resto de la ciudad por medio de la quebrada Itchimbía.

Estar separado del resto de la ciudad implica a la vez que le pertenece a esta, no se puede estar separado sin formar parte de un mismo conjunto, así mismo el barrio La Tola se desarrolló como una población relacionada directamente con el centro de la ciudad, donde sus habitantes se abastecían y trabajaban, pero geográficamente separada por medio de una quebrada, característica que dotó de una identidad local en el barrio, esto en si no es novedoso, pues a lo largo de la historia quiteña la mayoría de sus barrios tenían una fuerte identidad local, sin embargo, al analizar algunos planos y mapas, se puede percibir que de alguna manera este barrio estaba, de alguna forma, más “separado”.

Se sugiere esto a partir del topónimo que se puede percibir en Jorge Juan y Antonio de Ulloa (Figura 4), donde se lo representa en forma de cuadrícula, hacia el sur de la iglesia de San Blas, pero con el nombre de “Barrio Gutsimbía”, el mismo que se muestra con la misma caligrafía que “Río Machángara” o “Panecillo”. De alguna forma la distancia de la quebrada así como la altitud de la ladera, dotaron a este barrio de un territorio propio del cual obtener tanto agua fresca, como tierras ideales para la siembra o el pastoreo. Así se lo aprecia también en el plano de Jean de Moreinville (1748) (Figura 8) quien ya denomina a este espacio como “Barrio Itchimbía” y deja ver con detalle tierras de cultivo, así como caminos que suben por la loma. Al hacer de nuevo énfasis en el topónimo “Barrio Itchimbía”, el cartógrafo francés usa también la misma tipografía para los elementos externos a la ciudad, por lo que lo separa, pero al hablar de un “barrio” lo circunscribe a completamente a la ciudad.

Otro bello y detallado plano también de origen francés ofrece una mirada hacia este barrio en el siglo XIX, fechado en 1846 y levantado por Albert Salazza (Figura 9), muestra a toda la loma Itchimbía como parte de la parroquia de San Blas, esta incluye las manzanas tanto al norte como al sur de la Iglesia, además de la hacienda ubicada sobre el Itchimbía y descendiendo por este hasta el río Machángara, La Tola se muestra como unas diecinueve manzanas, algunas con casas grandes otras con pequeñas, todas

tienen el detalle de un jardín o algún tipo de cultivo, están marcados caminos que suben al Itchimbía, así como, un molino denominado “El Censo” en la ribera del río Machángara. En el contexto del nacimiento del estado ecuatoriano y el asentamiento del sistema de hacienda, las casas de hacienda, molinos y sembríos se representan con gran detalle en el plano, incluso muestra las casas de la hacienda Piedrahita, cuyos dominios se extendían casi por todo el espacio de la loma.

En total contraste, para la primera década del siglo XX, el mapa turístico de por H.G. Higley (1903) (Figura 1), se concentra en los edificios que corresponderían al espacio del barrio, pero deja en blanco cualquier señal de cultivos o incluso las lomas de la ciudad. Estos edificios que se observan, corresponden con la parte más antigua del barrio, lo que hoy se apoda como Tola Colonial, la misma que cierra sus límites entre el Colegio Don Bosco y la Iglesia de San Blas. Se puede notar que en este mapa turístico toda la ciudad se muestra como moderna, se exaltan los edificios públicos y además se muestra un mapa del eje ferroviario entre Quito y Guayaquil, aunque este no llegaría sino hasta 1908, dentro desde esta perspectiva que busca modernizar la ciudad, la Tola Colonial se observa como un cúmulo de casitas, rodeadas de espacio en blanco.

Después de la llegada del ferrocarril, el barrio empieza también a expandirse, como parte de la estrategia terrateniente por modernizar la ciudad, se trazan nuevas calles hacia el sur del Colegio Don Bosco, ver (Figura 17), este espacio lo habían adquirido los salesianos en torno a la primera década del anterior siglo, aquí ubicaron su residencia, el templo María Auxiliadora y el ya mencionado Colegio Don Bosco, este conjunto arquitectónico tiene mucha importancia simbólica en el barrio y al estar ubicado al límite sur de la Tola Colonial, es un referente geográfico incluso hasta el presente. El nuevo espacio que toma forma, lleva el nombre de “El Rosario” y es planificado como un lugar donde albergar villas y casas con un estilo más moderno, actualmente se lo denomina como “Tola Alta”, pues está ubicado a mayor altitud. Con motivo de asistir a un censo, el Teniente B. Valdivieso A., levanta en 1921 un plano correspondiente a la (Figura 10), el mismo que muestra el trazado de las primeras calles de la Tola Alta, todavía puede verse la presencia de la hacienda, así como de los caminos que llevan a molinos y potreros en la cuenca del río Machángara. Algunas de estas villas familiares aún se conservan aunque seguro se han adaptado para usos más actuales, estas conviven con terrenos y pequeñas viviendas que se observan en los alrededores del trazado urbano, así se lo observa en la (Figura 6).

Hasta este punto la totalidad del barrio se compone de personas de orígenes diversos, en primer lugar los antiguos pobladores de la Tola Colonia, las casas nuevas construidas entre 1920 y 1940, las cuales conviven con las pequeñas casas de los alrededores de la hacienda Piedrahita, la cual se desarticula y se divide en terrenos para el uso habitacional a partir de los años cuarenta. Como ya se ha mencionado, los barrios separados eran muy atractivos para los migrantes, pues al estar apenas poblados, dejaban un gran cantidad de terrenos propicios para la agricultura la ganadería, por lo que se vivía una especie de continuidad de la vida rural, cabe recordar que durante muchos años, los espacios de La Tola estuvieron directamente ligados a la hacienda Piedrahita, pues del Itchimbía bajaba el agua y en la hacienda se podía conseguir comida fresca.

Para la segunda mitad del siglo XX, la hacienda ya se desarticula completamente, la casa de hacienda se convierte en la sede del canal de televisión 6 “Teletortuga” y los espacios del Itchimbía empiezan a ser pensados con fines habitacionales, tanto en las partes altas de la loma, como en sus pendientes. Un plano de Quito fechado en 1959 correspondiente a la (Figura 11) muestra claramente la densidad de la población en aquel año, La Tola es representada con cinco tonos distintos de color, cada uno representa una cantidad de población por hectárea, las zonas próximas al centro están considerablemente más pobladas, especialmente las manzanas próximas al Colegio Don Bosco, la Tola Alta se muestra medianamente poblada. Pero además este plano muestra un nuevo espacio a ser urbanizado el cual apenas cuenta con población, el trazado de calles a partir de este punto se extiende hacia el flanco oriental de la loma.

Es en esta pendiente que a lo largo de los años sesenta, planifica y urbaniza los espacios denominados la Tola Baja y la Nueva Tola. A diferencia del resto del barrio esta urbanización no se orquesta directamente desde el municipio, sino desde una institución inmobiliaria pública, el Banco de la Vivienda, esta institución se encarga de parcelar y vender terrenos destinados a ser domicilios en toda esta pendiente, la cual se urbaniza ya con criterios netamente mercantiles, estos se van poblando a lo largo de los años sesenta y setenta. La Tola Baja y la Nueva Tola están separadas ya desde su planificación por la calle Toledo (actual AV José María Velasco Ibarra), la cual constaba de un camino de piedra y que no se convertirá en una autopista asfaltada hasta los años setenta.

Estos últimos espacios del barrio son considerados más modernos, pues sus casas se construyeron en un tiempo relativamente reciente, el trazado de calles que se puede observar hoy en día, se concreta en la época del *auge petrolero* (1972-1979). Al observar el siguiente plano de Quito, levantado por el Instituto Geográfico Militar en 1975, el cual corresponde a la (Figura 12), se nota que para este año se han concretado varias obras públicas circundantes al barrio que lo transforman permanentemente. En este plano se observa la culminación del relleno de la quebrada Itchimbía, la pavimentación de la Avenida Oriental (A.V. José María Velasco Ibarra), la construcción de un intercambiador de tráfico denominado “Parque Cumaná” y que luego será conocido popularmente como “Trébol”. Vale la pena anotar que en los años de la bonanza petrolera se terminaron proyectos urbanísticos que llevaban años en construcción, un buen ejemplo es el relleno de la quebrada Itchimbía, la cual estaba en proceso de relleno desde 1930 (Gaceta Municipal 1930, pág. 593) y que se concreta en la Avenida Pichincha para 1975.

Estas estructuras además de transformar el paisaje *toleño*, cambian su posición con respecto al resto de la ciudad, este barrio que había estado aislado del resto de la ciudad durante toda su historia, pasó a estar en el centro de la red vial de la ciudad y de país, pues además muy cerca se construyó el terminal terrestre “Cumandá”. Estas estructuras permitieron que los rincones más alejados del barrio, como la Tola Baja y la Nueva Tola, tengan una conexión directa con el norte y sur de Quito. Además por su cercanía tanto al “Trébol”, como al terminal terrestre, era relativamente fácil moverse desde el barrio al cualquier punto tanto de la ciudad, como del país, volviéndose aún más atractivo para los migrantes que buscaban una estadía permanente en la ciudad.

De manera que la expansión del trazado urbano *toleño* continuó hasta agotar el espacio disponible en las laderas, consolidando a su paso el estilo de vida residencial y urbana, el cual mediante leyes y ordenanzas prohibía la tenencia de animales de granja. Durante siglos en este barrio habitaron personas que se dedicaban tanto a la agricultura como a la ganadería, tanto ovejuna como vacuna, las mismas que fueron desplazadas por la mancha urbana, hasta que hoy en día sólo se puede ver ganado vacuno descendiendo por la misma quebrada del Machángara. La expansión máxima de la tola se la puede apreciar en 1983, según este plano levantado por el Instituto Geográfico Militar, que corresponde a la (Figura 13). Este último espacio, es una extensión hacia el norte de la Nueva Tola, y es denominado la Nueva Tola II, a la entrada de su calle

principal, los vecinos colocaron un portón y la cabina para un guardia de seguridad, al estilo de un conjunto residencial cerrado.

En la totalidad del barrio, se pueden encontrar edificios pertenecientes a distintas épocas, por lo tanto de distintas formas de concebir lo moderno, lo cual influye directamente en la arquitectura y en las formas de modificar y habitar el espacio, desde la Tola Colonial que guarda casas al estilo barroco, hasta la Nueva Tola II que intenta asemejarse a un conjunto habitacional cerrado, en este barrio se reconoce una línea temporal de los gustos arquitectónicos, y las formas de habitar la ciudad en un barrio de Quito a lo largo del siglo XX, por lo tanto, también de diversas formas de comprender y aplicar de manera local el gusto moderno.

Hasta este punto se ha observado a lo largo del tiempo, como es que la mancha urbana, acompañada de su normativas ha avanzado por la loma Itchimbia dando paso a nuevos lugares que ha permitido la formación de nuevos espacios con identidades locales, además se aprecia más claramente el contexto geográfico y cronológico de cada uno de los espacios que componen el barrio La Tola.

2.2. Influjo de los grandes procesos, análisis de cartografía y documentos municipales

A continuación, se presenta un breve análisis, en el que se identifican en la evolución histórica del barrio los siguientes procesos: La creación de un espacio nacional, la modernización de Quito, la migración interna y las políticas de planificación urbana.

Como se mencionó anteriormente, al parecer este barrio se formó lentamente a partir de la acumulación de casas y terrenos detrás de la plaza de San Blas, la cual vio su mayor esplendor en el siglo XVII, siendo una zona comercial ubicada en el aquel entonces límite norte de la ciudad, recibía con frecuencia viajeros y migrantes procedentes del norte de la sierra y la Amazonía, configurándose desde sus mismos inicios por una población migrante o flotante⁶. Al igual que en el resto de la ciudad, su expansión sobre la loma se debe principalmente a la presión demográfica y a los flujos migratorios, este proceso es constante hasta los inicios del siglo XXI, cuando el barrio creció, dando lugar a barrios o sectores más pequeños en espacios específicos, los

⁶ Se comprende como “flotante” a la población que llegaba a la ciudad únicamente por trabajo, o de forma temporal, para después regresar a su lugar de origen.

cuales se acomodaron acorde al relieve del Itchimbía y fueron sido descritos en la sección anterior.

Observando la primera década del siglo XX, y comparando las dimensiones tanto del barrio como de la ciudad, observamos que tanto en la (Figura 1) (1903) como en la (Figura 4) (1735) están casi los mismos edificios, casi las mismas manzanas, a lo largo de los siglos Quito a penas se había expandido, sin embargo, entre el siglo XVIII e inicios del siglo XX sus población se había triplicado (Luzuriaga Jaramillo, 2009, págs. 53-54) Esto se debe en primer lugar a la topografía, que arrincona los espacios planos, volviéndose más compleja una expansión por las diversas quebradas y pendientes que rodean y atraviesan Quito, sin embargo, el factor principal de este crecimiento demográfico hacia adentro es de tinte cultural, las formas de habitar tendían a sobre poblar los mismos espacios, de acuerdo a la sociedad señorial.

Cuando hablamos de la ciudad señorial debemos recordar que, dado su carácter patriarcal, las familias, se cobijaban bajo un mismo techo; varias generaciones y ramas familiares y la servidumbre, que habitaba en los bajos de las casas, aumentaba con el crecimiento de esas familias. Pero además, existían habitaciones de arriendo, almacenes, talleres artesanales y bodegas. En una ciudad como Quito, quien venía de afuera se acomodaba a la oferta existente, que no era otra que la de las casas renteras. Igualmente, los requerimientos del mercado hicieron que muchos espacios fueran destinados al comercio. (Kingman, 2006, pág. 184)

La Tola colonial, es un espacio donde se expresa la antigua ciudad señorial y una planificación al estilo *radial-concéntrico*, está llena de casas grandes y sus fieles iban por lo general a recibir misa en la Iglesia de San Blas, a esta iglesia llegaba también población flotante, por lo que constantemente estuvo y poblada por indígenas tanto del norte como del oriente, así pues, sus pocos edificios seguramente estuvieron al igual que el resto de la ciudad, sobrepoblados, con gente perteneciente a todos los estamentos, por lo que desde sus inicios el barrio se compone de una variada composición social y étnica, además era considerado uno de los barrios “separados”, una forma de referirse a los barrios periféricos a inicios del siglo XX, donde aumentaba la población (Kingman, 2006, pág. 182)

Si se observa con detenimiento tanto la (Figura 9) como la (Figura 10), se puede evidenciar también que el camino principal que conduce hacia los molinos y potreros de la cuenca del Machángara, nace de La Tola, entendiendo que este barrio era

intermediario entre la ciudad y las provincias del norte y la zona oriental, entre el casco urbano y la Hacienda Piedrahita, y además servía de paso para las actividades fabriles, ganaderas, agrícolas y personales que se desarrollaban en torno al río y que continuaron hasta las primeras décadas del siglo XX. No es casualidad que este mismo camino al convertirse en una calle, hoy en día lleve el nombre de Ríos, del cual todavía se pueden encontrar vestigios al descender hacia el río.

Los antiguos caminos de la hacienda, conforme esta se desarticula en la primera mitad del siglo XX dan paso a calles empedradas, dedicadas a comunicar el viejo barrio con las nuevas zonas urbanizadas, este es el caso de la calle Valparaíso, actualmente el eje comercial de La Tola Alta. En el contexto de la planificación de estilo *longitudinal*, la Tola Alta, se conforma como un sector de clases medias, ligada aun en términos políticos y religiosos a la iglesia de San Blas, pero separadas en términos geográficos por las quebradas del Itchimbía y el terreno del Colegio Don Bosco.

Estas nuevas casas al estilo de villas, conviven con pequeñas casitas ubicadas en las pendientes a los bordes de los caminos. Como ya se mencionó en la sección anterior, este sector tarda aproximadamente unos veinticinco años en urbanizarse por completo, y para 1947 se lo observa oficialmente dentro de la mancha urbana, en la (Figura 6), en este plano este espacio se denomina “El Rosario” de alguna forma distinguiéndose de La Tola. Otro factor a tener en cuenta es que gracias a su posición geográfica, este espacio se mantuvo al margen de las políticas de tinte patrimonial que rigieron sobre el “Centro Histórico”, dentro del cual el Plan Regulador (1942) colocó a la Iglesia de San Blas y posteriormente el Plan Director (1975) a toda la Tola Colonial.

Entre 1920 y 1965, se desarrolla entre la Tola Colonial y la Tola Alta, una comunidad fuerte y local, la cual era compuesta tanto por estratos medios como populares, si en la ciudad señorial, los distintos estratos se aglomeraban en torno a señor de la casa, compartiendo el mismo edificio, en esta primera etapa de la modernidad los barrios aglomeraban a todos los estratos en su territorio, de alguna forma la vivienda se vuelve más privada, pero el barrio y los espacios que componen su territorio son puntos de encuentro para la diversa población que lo compone. Las relaciones sociales y comerciales dentro del barrio se fortalecen, se crea una identidad propia la cual aún estaba unida también en torno a la protección del territorio barrial, pues las jorgas del siglo XIX, persisten en formas de grupos de jóvenes que competían con los de otros barrios, en demostraciones de violencia y masculinidad.

Esta sociedad barrial se desintegró entre 1965 y 1975 principalmente por tres razones: en primer lugar el pensamiento racista y clasista, que nace a partir de percibir a los barrios populares como socialmente contaminados, pues la población campesina aumentaba constantemente en estos espacios. En segundo lugar por las políticas de mercantilización de la tierra, las cuales urbanizan de forma irresponsable y con afán de lucro inmediato, tierras que antes estaban cubiertas de vegetación, cubriendo casi la totalidad del espacio con cemento, y aglomerando una gran cantidad de casas y población, lo que se traduce en un acelerado aumento de la densidad poblacional en el detrimento de la calidad de vida. Y en tercer lugar por la negligencia del estado ecuatoriano, el cual concentró el capital proveniente de las exportaciones de banano y petróleo, exclusivamente en las ciudades, manejó de manera tibia e irresponsable la Reforma Agraria (1973), fortaleciendo a las haciendas modernas y dejando en la miseria a los pequeños propietarios, generando un éxodo del campo a las ciudades (Báez Rivera, Ospina Peralta, & Valarezo, 2004).

Al observar nuevamente la (Figura 11) y luego compararla con la (Figura 12), se observa que muchas de las obras planificadas para 1959 ya se habían concretado en 1975, sin embargo a la vez se observa que la ciudad se ha expandido considerablemente, a manera de nuevos barrios, algunos planificados en el norte de la ciudad y por otra parte la saturación de los barrios ya existentes. En los años setenta se asienta la discriminación del tipo centro-periferia que caracteriza el periodo urbanístico *metropolitano*, el centro financiero de la ciudad se mueve hacia el norte, donde se concentran los recursos y se ejecuta infraestructura, mientras que al sur o en las laderas de las montañas no se cuenta con servicios básicos sino hasta décadas después, según la memoria de Guadalupe Guevara, fueron los salesianos quienes en los años setenta organizaron a los vecinos para gestionar la conexión del barrio a la red de agua potable del municipio, pues el agua que provenía del Itchimbí, tenía presión únicamente para las plantas bajas. (Guevara, 2019)

En el caso específico de La Tola se pueden observar distintas consecuencias de al momento de aplicar la planificación urbana y las obras públicas, la cual planteaba como prioridad la circulación vial, si bien cerca del barrio se ejecutaron obras públicas de gran envergadura, se las hizo pensando en el conjunto vial de la ciudad, priorizando la circulación de norte a sur, sin tener en cuenta las consecuencias sobre la población, Según se observa en la (Figura 12), en La Tola para 1975 se han ejecutado tres obras

publicas importantes, las que tienen consecuencias directas sobre el espacio del barrio: en primer lugar, la pavimentación de la actual Avenida José María Velasco Ibarra, la cual le brinda un acceso directo hacia el norte de la ciudad, a los sectores que hasta ese momento habían sido los más periféricos del barrio, la Tola Baja y la Tola Alta, esta vía promueve también la pavimentación de las calles que bajan desde la loma, extendiendo la línea de bus.

Cecilia Ramos, recuerda que ella solía abastecerse en el centro de la ciudad y tenía que atravesar a pie toda la loma, pues su domicilio quedaba en la quebrada del Machángara y la línea de bus únicamente llegaba hasta la Tola Alta (Ramos, 2019) Así pues, con la concreción de las nuevas vías, la conexión con los otros espacios del barrio y las nuevas áreas de la ciudad del norte, fueron más, aumentando así el prestigio de estos espacios dentro del barrio, “cuando tenía 8 (1979) años se construyó la autopista general Rumiñahui, cambió la vida de la gente, a partir de la construcción del trébol la vía se vuelve más transitada” (Freire, 2019)

Por otro lado en la Tola Colonial y la Tola Alta, al ser más comerciales y con más casas renteras, se las relaciona más con las clases populares, incluso con la criminalidad, por estar cerca del barrio de la Marín, a raíz de la concreción del relleno de la quebrada Itchimbía. La Tola Alta que había estado geográficamente aislada del centro de la ciudad, a partir de este relleno si bien físicamente se acercó, simbólicamente se alejó, del resto de la ciudad, pues se construyó el imaginario de este sector, como un lugar peligroso. Esta condición sumada a la ineficacia de la policía, llevo a que este espacio se organice la población para expulsar a los criminales, así lo recuerda Carlos Cevallos, quien comenta “les sacamos a palazos”. Es en este espacio donde la ya reconocida fama de La Tola como un “barrio bravo”, tenía más fuerza cuando la Concentración deportiva de Pichincha abrió el Gimnasio de boxeo en 1987. (Cevallos, 2019)

Otro ejemplo de las transformaciones que se sufre en este espacio durante este período es el caso de San Blas, el Plan Director de Urbanismo (1967) contemplaba como prioridad el tráfico en la ciudad, en la búsqueda de agilizarlo se interviene con una serie de pasos a desnivel, con el fin de conectar la Avenida Diez de Agosto con la recién construida Avenida Pichincha (Relleno de la Quebrada Itchimbía), al momento de la ejecución de esta obra no se tomó en cuenta a los pobladores de la plaza de San Blas, donde se eliminó el mercado, afectando directamente a la configuración del barrio,

además de no considerar pasos peatonales, quedando sus habitantes aislados por la autopista y dando poca importancia a la Biblioteca Nacional (Cifuentes, 2016).

Las consecuencias del accionar directo de las autoridades se vive de maneras diferentes en cada espacio *toleño*, sin embargo al largo plazo, la mala planificación y la irresponsable mercantilización de la tierra, aumentaron la densidad poblacional y dificultó la distribución de servicios básicos, los cuales aumentaron el costo en las zonas más alejadas (Carrión, 1980). Cuando las tierras de la pendiente sur-oriental del Itchimbia se mercantizaron en los años sesenta, fueron compradas rápidamente por personas de clases populares, como indígenas, campesinos y gente pobre en general, quienes buscaban tener una vivienda propia, estas tierras les eran convenientes principalmente por sus bajos costos y por la posibilidad de continuar con estilos de vida propios del campo.

La migración desencadenó conflictos sociales en las urbes, pues los migrantes no siempre eran bienvenidos, entre los años sesenta y setenta, se acentuaron los conceptos de una vivienda para una familia nuclear, el confort y la exclusividad, los estratos altos y medios abandonaron los barrios que habían habitado tradicionalmente, para ubicarse al norte. Para los años ochenta del siglo anterior, las familias pudientes habían abandonado casi por completo el centro histórico de Quito, el cual fue habitado por clases populares y se llenó a la vez, de locales comerciales.

En La Tola, la configuración social tomó nuevas formas a partir de los años setenta y ochenta, por ejemplo en algunos sectores del barrio, las jorgas se reinventan en grupos de jóvenes aglomerados en torno a equipos de fútbol o grupos religiosos, incluso. El barrio se reinventó a partir de la población que decidió quedarse, los propietarios de las casas recién construidas y sus inquilinos, muchos de los cuales eran migrantes, que ya desde los años setenta, llegaban de casi todas las provincias del Ecuador (Cadena, 1971, Pág. 178).

Se observa entonces que a lo largo del siglo XX el proceso de modernización de la ciudad y el país fue constante, sin embargo, tomó características distintas a lo largo del tiempo, el barrio La Tola se transformó y expandió primero en la transición de la ciudad señorial a la primera modernidad, desde muy temprano el barrio se fue extendiendo hacia el sur, empezando por el complejo arquitectónico de los salesianos. Posteriormente, Quito tomó una postura menos local y más nacional, a raíz de la crisis

del estado terrateniente y de la derrota en la guerra de 1941, en este contexto los barrios crecieron y se expandieron, siendo así la principal forma de habitar la ciudad, formándose comunidades estratificadas pero a la vez muy unidas, en este contexto se formó la Tola Alta. Sin embargo, a partir del *Auge bananero y petrolero*, los procesos modernos se aceleraron y la mercantilización masiva de la tierra transformó muy rápidamente los barrios de Quito, La Tola se reconfiguró a partir de nuevos espacios, pues se expandió por todo el terreno disponible en el Itchimbía.

2.2. El barrio tradicional y el barrio popular

Un barrio es una estructura imaginada, que se compone constantemente a través de la interacción de sus habitantes en un espacio en común, desde sus inicios el barrio La Tola se construyó como un espacio separado, con sus propias historias, imaginarios, personajes, y jerarquías, por lo que sus habitantes comprendieron sus espacios comunes como propios, un espacio donde se entremezcla lo público y lo privado. Los vecinos se apropian de las calles, las iglesias, los parques, los graderíos y los espacios verdes fuera del trazado urbano.

La Tola más o menos se enmarca desde la Plaza Belmonte hasta la Plaza Marín y todo lo que es el Itchimbía hasta el coliseo; entonces todo eso significaba una ciudad. Otra ciudad era la ciudad de San Marcos, otra ciudad era la ciudad de la Loma, la otra ciudad era la de San Roque, otra la ciudad de San Sebastián; no eran barrios, eran ciudades totalmente apartes (S/N, entrevista No. 1, citada en Viteri, 2004: Pág. 60)

Este sentimiento de pertenencia local atravesaba las fronteras sociales y la apropiación física de los espacios, pues se manifiesta también en formas tan privadas como la propia identidad, como ya se había mencionado, el barrio es la primera experiencia urbana, constituye un espacio conocido y propio, en contraposición al espacio desconocido y ajeno que comprende el resto de la ciudad.

Para el quiteño Quito es el centro, para el quiteño de nuestra época, la Mariscal, el Batán no existe. ¿Es decir, el quiteño tenía el orgullo de ser barrio, siempre dice... que cuando tú te topes con un verdadero quiteño te va a decir, de dónde eres? Yo soy de Quito pero de la Tola, yo soy de Quito pero de San Marcos, especifican de que parte de Quito eres... el quiteño es de Quito pero de la Tola, de Quito pero de San Roque, es decir, especifican muy claramente su nacionalidad dentro de su patria chica dentro de la ciudad (S/N entrevista No.1, citada en Viteri 2004. Pág. 61).

En este contexto la identidad barrial se sobrepone a la nacional, incluso por sobre lo quiteño, esta identidad se construye de forma física y sensorial mediante el continuo y directo habitar de los espacios circunscritos al barrio, estableciéndose una comunidad íntima y cercana. La identidad quiteña, representada por la ciudad señorial que busca modernizarse, con una jerarquía firme, no puede ser percibida con la misma intensidad que la vida en un barrio, menos aún lo nacional, lo cual rozaba lo imaginario, teniendo en cuenta que la interacción entre provincias era muy escasa, al menos hasta la construcción de autopistas en los años sesenta y setenta, el contacto con otras geografías no era común y sucedía por lo general, a partir del contacto con los migrantes quienes eran percibidos como extraños o incluso como invasores.

La composición social del barrio es bastante ambigua, pues los habitantes del barrio provienen de orígenes muy diversos, pero comparten un mismo espacio. Se pueden hacer consideraciones sobre la diferenciación de clase en este barrio, las cuales son difícil de identificar, pues las líneas que dividen un estamento de otro pueden ser muy difusas, las clases medias y populares, compartían espacios y actividades dentro del barrio, pero buscaban estrategias de diferenciación constantemente. Las clases medias son heterogéneas, aglomeran a personas de diversos orígenes, ocupaciones y etnias, incluso su capacidad de consumo puede ser polarizada, se identifican en torno a prácticas culturales en común como consumir productos, ir a espacios específicos o consumir cultura extranjera (Espín Estevez, 2016).

Las clases populares por otro lado, se enmarcan de una forma más cerrada, mediante condiciones materiales, sociales e históricas, están relacionadas generalmente con poblaciones campesinas, indígenas o sus descendientes ciudadanos, la línea que separa estos estratos es muy difusa (Espín Estevez, 2016), especialmente en un barrio, donde sus espacios son compartidos, por todos los grupos.

Desde sus orígenes en el siglo XVII, La Tola se compone de una población local que convive constantemente con población migrante y flotante, este barrio fue famoso por estar lleno de casas renteras, por lo que su población es de carácter variable lo largo de los años, las relaciones sociales se transforman en cuanto se acentúa la yuxtaposición de la ciudad moderna sobre la señorial. Dentro de la jerarquía del barrio, las líneas que definen las fronteras sociales se desdibujan constantemente, pero esto no significa que

desaparezcan. Los dueños constituían una “elite” en el barrio, pues poseer una casa significaba también una forma de status y diferenciación social incluso hasta avanzado el siglo XX (Espín, 2016, Pág. 86).

Los inquilinos eran la mayoría y su permanencia en el barrio era relativa a los intereses de cada familia, la mayoría dejaba el barrio aunque algunos regresaban, así lo recuerda Guadalupe Guevara, “La mayor parte de habitantes de aquí de la Tola eran inquilinos, entonces se cumplía el tiempo de contrato y tenían que salir” (Guevara, 2019). También era común que en una casa se aglomere la familia (tíos, primos, y toda clase de parientes) en torno al dueño o dueña de casa, o que una familia rente diversas viviendas en el mismo sector lo largo de varios años.

Habían varias razones para buscar permanencia en este espacio, las relaciones económicas, familiares y sociales podían ser muy estrechas, incluso la comodidad era un factor importante, dentro del barrio se podía encontrar toda clase de artesanos y comerciantes, además de bares, restaurantes y peluquerías, además muchos espacios donde los vecinos que se encontraban para hacer negocios, compartir una vivienda familiar, pertenecer a un gremio (taxis, lavanderías, negocios, etc.) ligado al mercado local o a un grupo social (equipo de futbol, comunidad religiosa, instituciones educativas) por lo que se podía no tener una casa, pero aun así ser un miembro permanente o reconocido en la comunidad barrial.

La experiencia barrial está directamente relacionada con los espacios de los que se apropia la población, por lo tanto, no se puede hablar de un territorio barrial definido, sino del barrio como un conjunto de espacios donde confluyen muchos territorios, no todos los vecinos frecuentan los mismos lugares, ni ejercen actividades en los mismos espacios, la apropiación del espacio está atravesada por relaciones de pertenencia, jerarquía simbólica, género, clase y etnia. La apropiación de espacios era principalmente masculina, las escalinatas, las canchas e incluso las cantinas, eran espacios prácticamente exclusivos para los hombres, muchas mujeres especialmente las jóvenes estaban confinadas al espacio privado del hogar, o espacios considerados decentes como la iglesia, pues se concebía a la calle como un espacio peligroso y ser vistas en el espacio público frecuentemente podría significar la pérdida estatus.

Yo no podía salir a los juegos, yo no podía salir a la calle, yo no podría mezclarme con la gente, yo no podía estar “contaminándome”; porque allá afuera se

aprende malas palabras, malos vicios, etc. Y sobre todo alguno de estos podía ya enamorarse de ti (S/N entrevista No.2, citada en Viteri 2004. Pág. 91)

Esta situación, no necesariamente incluía la totalidad de las mujeres, pues quienes no pertenecían a una clase alta, o tenían una familia más flexible, no se preocupaban tanto por salvaguardar el status, una entrevista nos acerca a las memorias de una mujer al describir el carnaval.

Inclusive para las personas especiales se inyectaba agua con aromas. Esto lo hacían hombres y mujeres a sus enamorados. Todo esto desembocaba en el Baño de los solteros que era una vertiente ubicada en las orillas del Machángara, y se terminaba con el gran baile de disfraces y comilona en la Plaza Belmonte. (Marta Herrera, 2000 entrevista en Albarracín, 2018, Pág. 12)

Tanto, el género, como la etnia y la clase eran filtros para ocupar o no un espacio, el acceso a algunos de estos era exclusivo para algunos grupos, incluso el espacio se utilizaba como una forma de distinción, ya en la sociedad señorial, la familia directa del señor de la casa ocupaba las plantas altas, mientras que los parientes, servidumbre e inquilinos ocupaban la primera planta (Kingman, 2006), asimismo en las casas barriales de la primera mitad del siglo XX, los propietarios ocupaban la mejor parte del edificio y ocupaban un lugar de prestigio en el barrio (Espín, 2016, Pág.91), además el prestigio también estaba al lugar que ocupa la casa dentro del barrio, no todas las calles eran iguales, el siguiente fragmento de una entrevista hecha por Viteri a un vecino del barrio permite observar el uso del espacio como capital social entre 1965 y 1975.

La Marín, allí habían los longos. En la Marín en los dos extremos había longos, ya para el Itchimbía allí vivía gente pobre, la gente linda vivía en la mitad. Había una diferenciación social, pero había una cierta democracia en las jorgas, allí nos mezclábamos (S/N, entrevista No. 1, citada en Viteri, 2004: Pág. 70)

No todos los grupos podían apropiarse o acceder a todos los espacios del barrio, pero a la vez, los espacios del barrio podían en ocasiones aglomerar a todos los grupos, la tienda, el catecismo, la misma iglesia, los parques, los restaurantes y las fiestas, eran espacios comunes donde la población se movía más libremente, pero únicamente aquellos que eran reconocidos como parte de la comunidad barrial. Quienes no habían estado el tiempo suficiente como para formar cierto prestigio, eran considerados como extraños o forasteros enfrentando un fuerte rechazo, por parte de todas las clases. La

discriminación, especialmente a los indígenas y campesinos fue siempre una constante y se intensifica a lo largo del siglo XX, intensificándose en los años setenta en el contexto del *auge petrolero*, cuando la mayoría de las clases altas huyen de los barrios por considerarlos contaminados socialmente, una escena citada por Manuel Espinoza Apolo, describe la situación de los migrantes en los barrios populares en las primeras décadas del siglo anterior:

Después de vagar por muchas calles de la capital –la boca abierta, los ojos nadando en ingenua angustia, a la espalda la actitud del inminente atropello–, Ambrosio Yáñez y su hija dieron con el barrio de la Tola, donde le habían informado podían encontrar un cuarto o una tienda en arriendo... En una esquina –esquina de barrio pobre con poste de madera sin pintar, desagüe hediondo, negocio sórdido de cantina y abarrotes, grifo de agua, niños jugando en la calle mal empedrada, mozos conversando en la vereda–, el viejo no pudo resistir más la sed que traía desde el pueblo... y se prendió al surtidor. El chorro, al clavársele en la garganta, le llenó la boca borboteando en los labios hasta bañarle la cara, el cuello... y salpicar a la gente que se hallaba cerca de él. El atorón tuvo un eco de risas burlonas y de protestas:

— Chagra mal amansado.

— Chagra bruto

— Pensará que está en la shagta.

— Son una plaga

— Una peste

— Pero después se joden.

— ¿Se joden? Mandan en el país (Espinoza Apolo, 2004, Pág. 44, 45)

Este relato ofrece una perspectiva de la relación entre los migrantes y los habitantes locales en la primera mitad del siglo XX, los indígenas y campesinos nunca fueron bien vistos en la ciudad, eran percibidos como símil de barbarie, atraso o incluso como algo antihigiénico por las clases altas, al mismo que las clases populares ciudadanas los veían como competencia, al momento de conseguir trabajo. En los años setenta se puede observar otro ejemplo, los Salesianos fundan la “Hospedería Campesina de La Tola” en las instalaciones del Colegio Don Bosco, en 1973, para acoger a campesinos que buscaban residencia temporal o permanente en la urbe, los vecinos no tardaron en quejarse pues la presencia de estos podía “dañar el barrio” (Bernal Carrera, 2012)

La población del barrio empezó a hacer problema. Ellos decían que es un barrio decente y veían a los indígenas que llegaban a la Hospedería como algo malo, consideraban que los indígenas iban a dañar el barrio. Allí hubo una primera negación de la migración, pero al mismo tiempo se los necesitaba en la ciudad. ¿Quiénes hacen las cosas que los ciudadanos ya no quieren hacer? (Entrevista Juan Bottasso en Bernal Carrera, 2012, Págs. 687 y 688).

En el barrio se conjugan relaciones ambiguas entre unión, comunidad e identidad y separación, jerarquía y discriminación, las personas forman parte de un mismo cuerpo barrial, tanto imaginario como físico-geográfico, pero alguien con otros orígenes podía ser un completo extraño, a quien no solo no se le permitía pertenecer a la comunidad barrial, sino que podía ser expulsado por la fuerza de ciertos espacios. El aumento de los migrantes en los barrios de Quito y la forma contaminante con la que eran percibidos tanto por la élite como por la clase media, provocó que estas abandonen los barrios entre 1965 y 1975. La Tola y los otros barrios habían sido un conglomerado de todos los estratos sociales de la ciudad, desde su mismo nacimiento, se desarticulan para dar paso a espacios separados y exclusivos, al estilo de ciudadelas.

Durante siglos en los barrios, las familias ricas, medias y pobres, aún sin olvidar las jerarquías, compartían espacios, actividades, convivían y formaban parte de una misma sociedad local y de una misma identidad. La desarticulación de los barrios, responde a una nueva organización de las relaciones sociales desde la cosmología moderna, que se acentúa a partir de la bonanza económica fruto de la exportación tanto de banano (1949-1958), como de petróleo (1972-1979), de manera que aquello que significaba el barrio es reemplazado lentamente por otros valores: la identidad barrial por la identidad nacional, el espacio público por el espacio privado-exclusivo y el estatus basado en el prestigio ligado a una comunidad por el estatus basado en la capacidad de consumo.

Si bien la ciudad señorial estaba unida, tanto en términos privados, como simbólicos y geográficos, a partir de 1942 y de una forma planificada y deliberada, se separa en tres espacios definidos: norte moderno, centro patrimonial y sur obrero. Estos cambios se ejecutaron y se intensificaron en los años siguientes hasta que, entre 1965 y 1975, el barrio que es una estructura social basada en la apropiación directa y sensorial del espacio se fragmentó a raíz de la migración interna. En este punto se puede reconocer dos formas de concebir el barrio La Tola, las mismas que son imaginarias y que se entrecruzan constantemente, el barrio tradicional y el barrio popular. El barrio

tradicional está ligado a un sentimiento nostálgico, a un tiempo pasado que no puede recobrase, pero que puede ser recordado por medio del consumo, por ejemplo de comida tradicional o de la visita a un edificio en particular.

Los barrios tradicionales son una forma oficial de reconocer la historia de los asentamientos contemporáneos, como política pública pretende estabilizar la dinámica que en ellos ocurre para preservar esa condición de nostalgia; sin embargo, las personas que usan y habitan los barrios, suelen interpretar de otras maneras esa distinción, para potenciarla u obviarla (Guevara Zárraga, 2019, pág. 25)

La idea de barrio tradicional es un concepto de carácter oficial, que a veces es fabricado por las élites para recordar o preservar su antiguo barrio o la cultura de la ciudad, a partir de un espacio específico. No hay que olvidar, que por otro lado muchos elementos considerados tradicionales tienen su origen en lo popular y las clases populares muchas veces también participan y se apropian de lo tradicional. El barrio popular también es un concepto imaginado, se define en relación a las personas que lo habitan, mestizos, indígenas, trabajadores y campesinos, los mismos que son concebidos como clases populares. Ambos conceptos, que en ocasiones pueden cruzarse, son dos formas de ver el mismo fenómeno, el barrio; el mismo se forma continuamente a lo largo del tiempo, a partir de las interacciones entre sus pobladores y el espacio del que estos se apropian.

El barrio es un espacio en constante construcción y reconstrucción, que se modifica tanto con la llegada de nuevos actores, como con las maneras en las que se concibe que debe ser utilizado el espacio, cuya apropiación define el mismo barrio, después de la partida de las clases altas y medias, en la década siguiente, el barrio se reconfigura nuevamente, con un tinte más popular pero constantemente relacionado con una larga tradición, fabricando nuevas expresiones y comunidades que se apropian también de nuevos espacios o utilizan los mismos espacios de formas diferentes.

CAPÍTULO 3: LAS VOCES DE LA TOLA, TERRITORIALIDADES, TERRITORIOS Y LA LOMA LLAMADA ITCHIMBÍA

Hasta este punto, se ha revisado la forma en la que la cosmología moderna transformó y reestructuró la influencia del estado ecuatoriano, las formas de habitar y planificar la ciudad de Quito, el pensamiento moderno que irrumpe en Quito a inicios del siglo XX, desestructura la antigua ciudad señorial, pero de una forma lenta y ambigua entre 1908 y 1972, incluso se puede indagar que este proceso no se completó del todo. Esta modernidad se impulsó desde la misma estructura señorial, entendiendo los valores modernos, más como el consumo de bienes (materiales y culturales), en pos de la diferenciación entre los segmentos, que de una democratización de las relaciones sociales.

Si en la Europa del siglo XIX, el pensamiento moderno elimina la servidumbre y crea condiciones que son germen de una nueva clase media, en el Ecuador, para inicios del siglo XX, la servidumbre se reinventa en formas modernizadas, precarizando el campo y la clase media se forma en torno al estado, esencialmente como burocracia. Más allá de mostrar a la cosmología moderna como mala, equívoca o motor de la desgracia en el país, se busca exponer el proceso en el que estas formas de comprender el mundo (que siguen vigentes) han moldeado las relaciones sociales entre quiteños y entre estos con un elemento ambiental fundamental, como es el espacio y por ende en el caso quiteño, el espacio de las montañas.

Se observa entonces, que la cosmología moderna, ha creado una relación binaria y de oposición entre: ambiente y cultura, campo y ciudad, barrios y ciudadelas, espacios femeninos y espacios masculinos, cultura indígena-campesina y cultura blanca-mestiza. Lógica que se expresa en las ciudades y barrios, pero que no abarca o más bien invisibiliza la influencia de otros actores. Por tal razón, a partir de este punto, por medio del análisis de fuentes orales, se busca un punto de vista holístico, puesto que ya se han revisado fuentes oficiales (cartografía documentos), así como literatura académica, la cuales dan cuenta de los procesos externos del barrio La Tola. La historia oral puede ofrecer una perspectiva interna del barrio además de ayudar a la reconstrucción de la memoria del Itchimbí, de manera que se comprendan todos los elementos ya

expuestos, junto con las vivencias personales y ambientales como parte de un mismo cuerpo de construcción de imaginarios, que componen un barrio.

3.1. La Tola, memoria y entorno

Los procesos históricos descritos en la literatura académica que aquí se cita, tienen una repercusión directa sobre el barrio La Tola, su estructura, configuración social y formas de apropiación territorial, esto así como la planificación urbana de la ciudad, se manifiesta claramente en las diversas fuentes cartográficas, que son una fuente que da cuenta del tamaño de la ciudad, el uso del espacio y las formas en las que la ciudad se construye y proyecta. Partiendo de aquí, es preciso sumergirse en la memoria de algunos habitantes del barrio La Tola, para comprender la relación directa y personal entre estos y los elementos ambientales de la loma Itchimbia, lo cual no puede ser percibido en ninguna de las fuentes anteriormente citadas.

La historia oral, actúa de alguna forma como la voz de *los sin voz*, como el documento que da cuenta de las vivencias, experiencias, sensaciones y acciones de quienes no constan en los documentos, grupos marginales u opositores a la voz oficial desde el poder. A pesar de sus detractores, ya se ha reconocido a la historia oral como una fuente muy útil al momento de reconstruir el pasado de mujeres, obreros, minorías étnicas y demás actores que se encuentran fuera de la esfera de lo oficial, lo cual incluye al ambiente y en este caso específico a la loma Itchimbia.

Para aproximarnos a este pasado ambiental, es preciso combinar las anteriores fuentes con los extractos de la memoria de los habitantes del barrio. La memoria, es preciso aclarar, no es un archivo infinito del cual se pueden extraer vivencias tal cual sucedieron, pues ésta en primer lugar nace de un presente, de un ejercicio de recordar para después crear una narrativa de lo que sucedió (Espín Estevez, 2016). Esta narrativa le pertenece a un individuo, quien la dota a manera de filtro, de sus intereses y percepciones personales, pero este sujeto también está atravesado por los valores y conceptos de la sociedad en la que vive, así pues, su memoria también está atravesada por las concepciones, morales e intelectuales de aquel tiempo.

El mayor filtro se forma al momento de recordar, pues cuando alguien recuerda, lo hace desde una vivencia o una necesidad del presente, por lo que el pasado recordado pasa en primer lugar por conceptos actuales, incluso por la forma en la que desde ese presente se concibe el pasado, lo cual se modifica a través del tiempo. Por tal razón la

memoria es principalmente una huella, una huella que han dejado los sucesos en la sentido (Espín, 2016, Pág. 18).

hay que ser conscientes de que la evidencia oral revela más sobre el significado de los hechos que sobre los hechos mismos. Muestra la relación del individuo con su historia, revela lo que la gente hizo, lo que deseaba hacer, lo que creyeron estar haciendo y lo que ahora creen que hicieron. El presente matiza el pasado, la selección de los recuerdos existe y generalmente ocultamos más o menos inconscientemente lo que altera la imagen que nos hacemos de nosotros mismos y de nuestro grupo social. Por ello, no hay fuentes orales «falsas». Las afirmaciones equivocadas constituyen verdades psicológicamente ciertas (Mariezkurrena, 2008)

Reconociendo entonces, que la memoria es una fuente volátil, traspasada por varios filtros que difuminan, pero también enriquecen su sentido literal, al sumergirse en la memoria de los habitantes del barrio, se busca huellas de su relación con su entorno, con los elementos que junto a ellos componen el ambiente, en este sentido más que la literalidad, lo que se necesita es el fragmento impreso del ambiente del recuerdo de los habitantes *toleños*. Desde esta perspectiva, el presente relato, que ya ha sido utilizado anteriormente, puede ofrecer más información, pues las respuestas que puede dar un relato, parte de las preguntas que se le plantean, más que de las palabras que contiene.

Inclusive para las personas especiales se inyectaba agua con aromas. Esto lo hacían hombres y mujeres a sus enamorados. Todo esto desembocaba en el Baño de los solteros que era una vertiente ubicada en las orillas del Machángara, y se terminaba con el gran baile de disfraces y comilona en la Plaza Belmonte. (Marta Herrera, 2000 entrevista en Albarracín, 2018, Pág. 12)

Esta vívida memoria de Marta, relata la continua relación entre los habitantes de la Tola Colonial y la cuenca del río Machángara, donde se sabe que desde el siglo XIX hasta la segunda mitad del siglo XX, hubo infraestructura, fabril, ganadera y vial según la cartografía (ver figuras 9, 10 y 18), ella lo relata como una actividad común de cada carnaval, revelando que los caminos eran transitados para más que actividades productivas, pues las vertientes del río también constituían espacios a ser apropiados por los habitantes del barrio La Tola tanto por fines simbólicos como prácticos.

Teníamos que ir lejos por la bajada del Censo, para traer un poco de agua e ir a lavar la ropa en alguna quebrada, que eran comunes en el Centro de Quito” (Entrevista a Margoth Guerrero, moradora del barrio, Albarracín, 2018)

Este barrio no era un caso aislado, pues por lo general los habitantes de los barrios, incursionaban en las montañas, quebradas y demás espacios geográficos con diversos fines, desde pastoriles hasta recreativos, así lo muestra este relato, perteneciente a un habitante de un barrio ubicado a las faldas del Pichincha.

Paseos eran al Dique, la Chorrera, el Cinto, Cruz Loma, a Lloa. Al cinto íbamos en octubre, al dique en verano, a Cruz Loma cuando disponíamos de más tiempo, por ejemplo en Semana Santa, cuando no nos dejaban jugar, ni te dejaban bañar. (GL, 2011, entrevista en Espín, 2016, Pág. 106).

La interacción entre habitantes de los barrios, especialmente los jóvenes y niños, con el bosque andino circúndate de la ciudad era muy común, la falta de parques en los barrios se compensaba fácilmente con un paseo por los alrededores del barrio, los mismo que servían como espacio de juegos o de encuentros amorosos, pues estos espacios no estaban bajo la vigilancia directa, ni de la familia, ni del resto de los vecinos.

Los espacios naturales, no han sido tan tomados en cuenta en la literatura académica sobre los barrios de Quito, por lo general tienen un carácter secundario, se hacen algunas referencias, pero por lo general, los espacios que se enmarcan como forjadores de identidad y pertenencia barrial, están dentro de la mancha urbana. La Gallera, las calles y escalinatas, los negocios como peluquerías o restaurantes, incluso la canchas, son espacios urbanos y de alguna forma legítimos. Mientras que los bosques, quebradas, ríos y cuevas, que a veces se encuentran más allá de los límites de la parroquia, constituyen lugares de reunión y ocio, pero también parten de una apropiación más íntima, personal o incluso prohibida.

En consecuencia, se vuelve necesario adentrarse en la memoria de los habitantes de La Tola, para indagar, además de nuevos espacios de apropiación adscritos a la comunidad barrial, en los territorios y prácticas con las que se apropian los *toleños* de su espacio geográfico circundante.

3.2. Territorios y territorialidades

El barrio es una estructura social que se construye y se reestructura a lo largo del tiempo por medio de la apropiación del espacio geográfico por sus habitantes, los mismos que están supeditados por las categorías de género, etnia, clase social y status. Y como ya se ha mencionado anteriormente, el territorio del barrio, no es un espacio fijo, menos aún definido como podría representarse en la cartografía, pues los espacios que lo componen, son tan heterogéneos como su propia población.

Se comprende que el territorio, más allá del *barrial*, es mucho más que las líneas que lo representan en los planos y mapas, es más incluso que el escenario donde se desarrollan las relaciones sociales, el territorio es un espacio delimitado por el ejercicio de poder, tanto de estados como de individuos, organizaciones, comunidades, ente otros. Es el espacio donde alguno de estos grupos ejerce actividades de forma exclusiva como la alimentación, industria, vivienda, o simplemente pasear. El territorio existe en el campo real, pues, al fin y al cabo, se trata de una fracción de la corteza terrestre, sin embargo, el ambiente no reconoce límites, al panecillo poco le importa quien habita al norte o al sur de su macizo, pero para quienes habitan estos espacios, esta ubicación es determinante. Se trata de una construcción social y existe por sobre todo en el campo mental, de quien quiera o necesite ejercer alguna actividad de forma exclusiva en este espacio, pues el territorio se siente como propio.

Significa, -como se expresa en Montañez y Delgado (1998)- que en el espacio geográfico confluyen y se sobreponen, distintas territorialidades locales, regionales, nacionales y mundiales, con intereses distintos, con percepciones, valoraciones y actitudes territoriales diferentes. El territorio no es fijo, sino móvil, mutable y desequilibrado, esto quiere decir que la realidad geosocial es cambiante y requiere permanentemente nuevas formas de organización espacial. El sentido de pertenencia e identidad, el de conciencia regional, al igual que el ejercicio de la ciudadanía y de acción ciudadana, solo adquieren existencia real a partir de su expresión de territorialidad. En un mismo espacio se sobreponen múltiples territorialidades y múltiples lealtades. Las sociedades, así como la misma corteza terrestre se transforman periódicamente y el territorio, por lo tanto, está supeditado a estos procesos y no puede ser considerado como un concepto estático (Montañez Gómez & Delgado Mahecha, 1998, pág. 123).

En el espacio correspondiente al este objeto de estudio, en primer lugar, está circunscrito el Cabildo quiteño, el mismo que responde a su rol de capital en el Estado

ecuatoriano, el cual a inicios del siglo XX se alinea con el mercado mundial y el pensamiento moderno. Por otro lado, el control inmediato de los elementos de su espacio geográfico estaba supeditado al accionar directo de sus habitantes, quienes, según sus orígenes, actividades, roles y cuerpos, se apropiaban de distintos elementos del espacio geográfico correspondiente al barrio La Tola, por consiguiente, los territorios pueden ser muy diversos.

A continuación, se observan los relatos de cuatro habitantes del barrio La Tola, con el objetivo de aproximarse a su memoria, quienes, a pesar de estar emparentados, han tenido una experiencia territorial muy diferente. Las entrevistas han revelado mucha información, mucha de la cual no pudo ser incluida en estos párrafos, pues se abre a otros temas, los cuales por su amplitud no pueden ser tratados en esta investigación. A través del recorrido por la memoria de los entrevistados, se han revelado elementos de ambientales, actividades, hábitos y perspectivas históricas, las entrevistas se realizaron de forma presencial y ofrecen una perspectiva personal de cada individuo. “Los barrancos”, una serie cuevas y túneles ubicados en la base del Itchimbia, donde Carlos Cevallos solía jugar, el activismo político y religioso de Guadalupe Guevara o los detalles sobre el trabajo de Cecilia Ramos, son temas que no se pueden abarcar en este momento, pero que abren puertas hacia nuevas preguntas y otros campos de investigación.

Las experiencias de los entrevistados están marcadas por su edad, género, y lugar de residencia, esta última es muy importante, pues significa el contacto directo entre la persona y el ambiente, son los elementos del espacio geográfico que se sienten como propios y que delimitan el territorio, al que adscribe cada persona como suyo propio, como su barrio, es decir, un espacio donde se siente seguro, rodeado de personas conocidas, donde conoce las calles, así como lugares específicos, que lo relacionan con una comunidad, institutos educativos, la iglesia barrial o simplemente las gradas, estar en el barrio es como estar en la casa.

Guadalupe Guevara y Cecilia Ramos son dos vecinas del barrio La Tola, ambas después de casarse, compraron su casa propia en los primeros años de los años setenta. Guadalupe adquirió un terreno ubicado en la esquina entre las calles Araucanía y Juan de Oviedo, ubicado en el sector de la Tola Alta, la primera vez que llegó al sector, se ubicó en la Marín, la cual en aquel entonces aún era una quebrada, posteriormente se mudó a la Magdalena, pero regresó al sector después de un tiempo, ubicándose en la

Tola Baja, al cabo de dos años de ser vecina en aquel lugar, empezó la construcción de su vivienda propia, en la dirección ya mencionada. Cecilia quien empezó la construcción de su vivienda en 1971, había llegado primero a la Tola Colonial, vivía en las calles Olmedo y Ríos y también vivió en la Tola Baja, antes de establecerse definitivamente en la Nueva Tola.

Cecilia es costurera y trabajaba desde su casa, en donde recibía a sus clientes y además se encargaba de la administración de su hogar, tuvo tres hijos, su casa se encuentra al borde de la quebrada del Machángara, a unos cien metros sobre el río, detrás de su casa hay mucho espacio inclinado, pero lleno de árboles, este espacio es de alguna forma compartido por todas las casas de la calle Echeverría, Cecilia fue una de las primeras personas en llegar a este sector.

porque cuando llegamos nosotros era todavía calle empedrada, no existía la oriental estaba en proceso, prácticamente venimos a vivir en una tierra muy montañosa, era pura hierba, la calle de al frente era empedrado, no había servicio de bus (Ramos, 2019).

Guadalupe es maestra de profesión, trabajó en instituciones aledañas al barrio, además animaba grupos juveniles católicos y era catequista de la parroquia, mantuvo una relación muy estrecha con los salesianos y mediante esta comunidad, conoció a muchas personas, nunca sale a la calle sin que alguien le salude. Construye su vivienda en una zona que ya había estado poblada, ella no compro un terreno vacío, sino un complejo de casitas las cuales demolió para edificar su casa.

en el 71 habíamos comprado el terreno, alrededor del terreno hacían unas mediaguas, mediaguas son cuartos que tienen una sola caída. En el centro del terreno había un patio empedrado con una piedra de lavar y, alrededor del terreno, habían cuartitos y en cada cuartito vivía una familia, cuando llegamos aquí vivan siete familias, que con pena, pues tuvieron que salir. En este lado donde hoy es el garaje habían los cuartos más grandes, eran dos cuartos y eran muy altos, eran muy altos entonces, ahí fuimos a vivir nosotros, ocupamos los dos cuartos (Guevara, 2019)

Guadalupe considera que su barrio es toda La Tola, pero que se siente identificada más con la Tola Alta y la Tola Baja, donde fue catequista, maestra y animadora de organizaciones sociales y religiosas llamadas Comunidades Eclesiales de

Base (CEB), las cuales eran impulsadas por los salesianos, por su relación con ellos ella frecuentaba mucho las instalaciones del Colegio Don Bosco, sin embargo, ella comenta que siempre ha sentido a la Tola Colonial como si fuera otro barrio, puesto que apenas ha tenido vivencias personales en aquel lugar. Otro lugar que percibe como desconocido es la Nueva Tola, donde ella comenta: “hay la idea de que hay personas con mejor economía” y que la parte baja del barrio “siempre tuvo edificios bonitos, acogedores, tenía ya sus calles tenía ya sus servicios mejor que acá en la tola alta” (Guevara, 2019),

Cecilia comenta “Mi barrio se llama nueva tola, es muy tranquilo, sin problemas,” (Ramos, 2019), el territorio que abarca su barrio comprende “de la oriental hasta el Machángara y desde el trébol hasta el Rumiñahui (coliseo)”, Cecilia comprende la extensión de la Nueva Tola en relación con toda la quebrada del Machángara y la Avenida “Oriental”. No agrega inmediatamente a los otros espacios de La Tola, sin embargo se relaciona con ellos constantemente, pues pasa por ahí cuando va al Centro, ella había vivido en todos los espacios a excepción de la Tola Alta de la cual comenta: “Barrio viejo, antiguo, ahí la gente tenía todos los servicios básicos, vivía mejor, eran entusiastas, bullangeros, se han destacado por las fiestas, abajo la gente era más tranquila” (Ramos, 2019).

Es interesante notar que, a pesar que ambas habitaron esos espacios, miran con menos comodidad a su propio barrio. La Tola Alta, estaba ligada a cierta antigüedad y a una comunidad más unida y tradicional, efectivamente sus primeras calles y casas datan de los años veinte y aquí se construyó una fuerte comunidad entre la década de los veinte hasta los sesenta, se había desarrollado un pequeño comercio local y un sentido de identidad. Por otro lado en la Nueva Tola, las calles se habían trazado poco antes de la llegada de Cecilia, la mayoría de los terrenos habían sido recientemente urbanizados y los vecinos que empezaron a llegar tuvieron que adaptar el espacio para ser habitado, Cecilia comenta que cuando vivía en la Tola Colonial, tenía todo cerca, el mercado y negocios, además de amigos pues la gente ahí era jovial y unida, cuando bajó, percibía a la Nueva Tola como atrasada, un lugar virgen que debía ser modificado. Por lo que la búsqueda de modernización en ambos lugares estaba vigente, y se observa desde abajo una Tola Alta que ya cuenta con los servicios básicos y desde arriba unas zonas bajas, con casas nuevas y más modernas.

Tanto por ser urbanizado tardíamente, como por la cantidad de espacio disponible, en sector de la Nueva Tola, no había mucha población, había constituido las

tierras más bajas de la hacienda, siendo en su mayoría bosque. Cecilia comenta que cuando recién llegó “había serpientes, muchos bichos, era una selva horrible, no estaba acostumbrada a las ratas, serpientes, raposas” (Ramos, 2019), pero conforme se modificaba el lugar, se sentía más cómoda, pues aquí había edificado su casa propia y tenía mucho espacio para que jueguen los niños, además de permitirle tener algunos animales de granja, como pollos o patos y un pequeño cultivo de maíz, sembraron árboles frutales y bosques de eucaliptos para evitar el mal olor del río, que para 1971 ya estaba contaminado (Ramos, 2019).

Su hijo menor, Juan Carlos, vivió durante 25 años en la Nueva Tola, para quien su barrio es muy importante, el lugar donde está su familia y donde hizo amigos, él describe las fronteras de su barrio “los límites del barrio son la parada, la delicia (una esquina subiendo por la loma), la parada era parte del barrio, a pesar de que no es, pues la nueva tola es desde la oriental hasta abajo (quebrada del Machángara)” (Freire, 2019), evidentemente la Nueva Tola, limita en la Avenida “Oriental”, sin embargo Juan Carlos se apropia de espacios ubicados más arriba, la parada de buses, las panaderías y farmacias que habían en la Tola Baja, que eran frecuentados por los vecinos de más abajo.

Juan Carlos, cuando hace el ejercicio de recordar el barrio, regresa a su niñez:

Sobre los recuerdos del barrio puedo manifestar que cuando era niño había una torre eléctrica, que luego fue quitada, en la cual pues nos reuníamos también como punto de encuentro para jugar ahí, como era una torre jugábamos a que era una nave espacial. Luego, como comento, esta torre fue retirada y fue cortada dejando solamente sus bases y este lugar se convirtió en un punto de encuentro donde nos reuníamos todos los chicos para poder bajar a través de una raíz de un árbol que había quedado ahí, aproximadamente unos cinco metros, tal vez bajábamos por esta raíz y podíamos de esta manera descender a un antiguo camino empedrado que era un acceso a una mina de materiales de construcción y poder bajar de esa manera al río (Freire, 2019).

Los alrededores, llenos de vegetación eran un punto de reunión para los más jóvenes, fuera de los límites del trazado urbano, también se construye una apropiación barrial, pues de estos grupos de niños, se forman amistades, relaciones y un sentido de pertenencia y comunidad, algunos de estos al pasar el tiempo se convierten en jorgas o grupos de jóvenes. En la Tola Alta, Carlos Cevallos quien es el segundo hijo de

Guadalupe, en su niñez también jugaba en los bordes del barrio, estos en cambio se ubicaban subiendo hacia el Itchimbia, Carlos recuerda:

Después como ya me empecé a llevar más con los de abajo, ya me empezaron a invitar a trepar al Itchimbia a correntiar por las hierbas, nos encantaba, como había lomas, subíamos con cartones, a hacernos carrera de cartones ahí en la hierba, eran una vacanidad porque bajábamos así de una todita la loma, donde es ahora la cancha de indor, eso era una loma, era una loma y era de ahí era todito hasta abajo, casi hasta la nueva tola nos íbamos en el cartón, pero a relación de altura (80m), ahí nos dábamos una matadotas era una bestialidad, era una emoción (Cevallos, 2019).

Carlos es quien maneja el perímetro territorial más amplio, para él su barrio comprende todo el Itchimbia, la Tola Baja y Alta, incluso más allá de la Tola Colonial, hacia el parque de la Alameda, en todos estos sectores, Carlos tuvo amigos o parejas, únicamente le son desconocidos los espacios ubicados por debajo de la Avenida “Oriental”. Las partes altas del Itchimbia eran frecuentadas tanto por Carlos como por su madre, a quien le gustaba pasear sola o con su pareja, para disfrutar de la vista, Juan Carlos apenas menciona el Itchimbia, mientras que para Cecilia, este constituía un lugar lejano “Itchimbia, era como ir de paseo, como salir de la ciudad” (Ramos, 2019).

Cada espacio de La Tola tiene su peculiaridad y está relacionado con un ambiente específico, mientras que la Tola Colonial y la Tola Alta, se desarrollan como espacios densamente poblados, con una relación más estrecha al Centro, desenvolviéndose como zonas culturales y comerciales, las que conglomeran una mixtura de personas, desde las familias tradicionales hasta mendigos. La Tola Baja y la Nueva Tola son barrios nuevos establecidos principalmente por migrantes del campo, estos al pasar el tiempo se constituyen en barrios netamente residenciales y con menos casas renteras. Como resultado en este barrio confluyen diversos territorios que se entrecruzan y definen a partir del desarrollo de la vida de sus habitantes, quienes desarrollan distintas estrategias de apropiación del espacio, las que se pueden denominar territorialidades.

La territorialidad "es el grado de control de una determinada porción de espacio geográfico por una persona, un grupo social, un grupo étnico, una compañía multinacional, un Estado o un bloque de estados" (Montañez Gémez & Delgado Mahecha, 1998), esta hace referencia a las prácticas en conjunto, tanto materiales como

simbólicas que permiten la apropiación y permanencia de un espacio, como el territorio exclusivo de algún actor social, individuos, empresas o estados.

La territorialidad se asocia con apropiación y ésta con identidad y afectividad espacial, que se combinan definiendo territorios apropiados de derecho, de hecho y afectivamente. La superficie de la Tierra está recubierta de territorios que se superponen o se complementan, derivando en diversas formas de percepción, valoración y apropiación, es decir, de territorialidades que se manifiestan cambiantes y conflictivas (Montañez Gómez & Delgado Mahecha, 1998, pág. 124).

En primera instancia se observa la apropiación personal, cada habitante del barrio se apropia del espacio de una manera singular, la posición geográfica, el género, la etnia y la clase, determinan los nexos y actividades que cada habitante desarrolla, pero este también expande o delimita sus espacios mediante su propia experiencia, cabe resaltar también que los barrios, son espacios donde las jerarquías se entremezclan. Las fiestas populares, el carnaval, las mingas y torneos de fútbol (que a veces se toman la calle) eran la principal forma en la que las comunidades barriales expresaban su posesión del barrio. Por otro lado sin olvidar el rol del Cabildo, el trazado de calles así como la dotación de servicios, son formas en las que el municipio expande la mancha urbana y su control directo sobre el espacio, dotar a un lugar de servicios es también contar con una población que paga impuestos.

Sin embargo en el caso de este barrio, muchos terrenos se denominaban urbanizados, pero dotarlos de servicios como el agua potable, en ocasiones fue una cuestión de lucha por parte de los vecinos. En esta situación no se puede olvidar la participación de los Salesianos, quienes tenían mucha influencia, mediante la organización de Comunidades Eclesiales de Base, organizaciones sociales que tienen su origen en el Concilio Vaticano II, cuyo objetivo era formar una relación más cercana entre la iglesia, y la población en general. Aunque no era su objetivo principal en La Tola, los salesianos ayudaron a gestionar obras públicas (renovar postes de luz, mejorar el sistema de agua potable), organizaron territorialmente al barrio por medio de parroquias eclesiales, en torno a las iglesias, una en cada espacio barrial (Guevara, 2019).

Las fiestas religiosas también, las congregaciones, misas, el catecismo y el establecimiento de grupos juveniles fueron dieron pie a la creación de diversas

territorialidades dentro del barrio, basadas tanto en la iglesia como en los grupos que habían nacido de esta. Un ejemplo muy curioso es el del grupo “J. U.” siglas que quieren decir “Juventud Unida”, un grupo de jóvenes que se reunió en torno a la iglesia Santa Faz en la Tola Alta, pero que al pasar el tiempo, se convirtió en una asociación criminal, llegando a ser una de las pandillas más temidas del barrio (Cevallos, 2019).

Para los años ochenta la ciudad se llena de miseria, aspectos como los movimientos migratorios producidos por la acumulación de recursos en las urbes, el fortalecimiento del estado-nación, siguiendo la tradición primario exportadora con el uso del petróleo como base para un nuevo eje económico y productivo. Esto sumado a la irresponsable planificación urbana, que tenía como prioridad excluir a las poblaciones pobres, dejándolas sin servicios, excluyéndolas tanto física como simbólicamente. En los barrios del Centro empieza a acumularse población marginal, la cual no hace referencia a los migrantes, sino más bien, a las personas que no tuvieron más opción que sobrevivir en las calles, quienes, por medio de ocupación de lugares abandonados o retazos de bosque, reclamaron un espacio para sí, estas personas se sumaron a la configuración territorial del barrio, quienes muchas veces tomaron el espacio por la fuerza.

Alejadas del Centro, las partes bajas de barrio se constituyen cada vez más como barrios residenciales, con comunidades más específicas y cerradas, aglomeradas en torno a la iglesia o a espacios específicos como parques o redondeles, es en este contexto que se expresa la territorialidad de la Nueva Tola II, al colocar un portón al estilo de una ciudadela, mediante esta acción los vecinos de este sector intentan constituirlo como un espacio cerrado y exclusivo. Así pues en el barrio La Tola, se puede observar a lo largo del tiempo el surgimiento y transformación de las expresiones territoriales de sus habitantes y de sus dominadores (Cabildo, Estado), aquí se expresan el pensamiento moderno, el Estado, las autoridades municipales locales, los migrantes, las clases medias, las clases populares, la Iglesia Católica, diversos grupos de jóvenes y los habitantes de las calles.

3.3. La loma Itchimbía, la ciudad, y La Tola

Todo lo que compone el ambiente está en constante movimiento, incluso las montañas que se mueven con las placas continentales, aunque muy lentamente.

Después de haber analizado, la consolidación del territorio ecuatoriano, los movimientos migratorios del campo a la ciudad, el proceso de modernización de la ciudad de Quito, la evolución de las políticas de planificación urbana, el nacimiento y distribución del barrio La Tola, sus territorios y territorialidades. Se observa el rol de la loma Itchimbia, pese a que aparentemente no se mueve, como un elemento activo de los procesos del cambio del barrio La Tola.

Esta loma tiene 2910 m. de altitud, es la frontera oriental de la ciudad de Quito, está conformada por muchos elementos, quebradas, bosques, cuevas y pendientes muy inclinadas, las formaciones vegetales que la componen corresponden al bosque húmedo montano, este bosque seguramente se modificó mucho en los tiempos de la Hacienda Piedrahita y posteriormente se reduce mucho, después del proceso de expansión de la ciudad de Quito, la loma Itchimbia está rodeada de profundas quebradas que se han formado en la cuenca del río Machángara, y otros afluentes de agua, su geomorfología es muy compleja, tiene una forma similar a un trapecio, con una planicie en la cima y pendientes hacia el oriente y occidente.

Estas pendientes junto con la quebrada que se llamó también Itchimbia, le han puesto límites a la ciudad en el devenir del siglo XX, dificultando su expansión hacia el oriente y obligándola a expandirse hacia el norte, es preciso aclarar, que los límites naturales, en si no existen, pues son los seres humanos quienes le han dotado de un significado a un elemento del espacio geográfico, estos hacen referencia a los espacios a los que un humano no puede acceder, más que a límites reales. Los límites son imaginados y toman fuerza a partir de la consolidación del estado-nación, una quebrada, un río o una pendiente, constituyen un límite para el ser humano, pues este no podría cruzarlos con facilidad. El ambiente no contempla límites, es uno solo, los únicos límites existen de forma conceptual, entre ciencias, estados, o elementos del ambiente, un río podría separar dos poblaciones, pero eso al río no le importa, sigue siendo un río, este cobra el valor como límite, únicamente a partir de la idea de separación de comunidades humanas, entre ellas y también separadas del río.

Los espacios que ocupa este barrio están separados del centro de la ciudad, dotando a quienes habitan en ella de cierta independencia. A la vez es un espacio cercano, dotando de comodidad a sus habitantes, quienes pueden ir a al centro de la ciudad sin necesariamente vivir ahí, se observa que esta posición ambigua a lo largo del tiempo, incluso en tiempos modernos. La Tola nace y crece en tanto la ciudad choca con

la montaña, es el resultado de lo urbano sobreponiéndose al relieve de esta peculiar loma, la cual siendo tan irregular elimina la posibilidad planificar este espacio a modo de cuadrícula. Esta y todo lo que simbólicamente implica, no puede desarrollarse del todo en esta loma, aún los espacios que pareciesen regulares, muestran imperfecciones, pues el relieve sube y desciende en pocas distancias. Lo racional y el orden de la cuadrícula se desdibujan cuando el barrio se expande, permitiendo que entren y permanezcan dentro de las calles, elementos que normalmente no cabrían dentro del cuadrado citadino, como un criador de vacas o una familia de zarigüeyas, quienes a veces comparten el espacio con todo lo que compone el barrio de una ciudad andina.

El Itchimbia, la ciudad y la loma se dan y se cambian de forma cuando se cruzan, ya se había mencionado los orígenes del propio nombre del barrio, tola hace referencia a las tumbas de los antiguos pobladores norandinos, un montículo de rocas que componen un recinto funerario, y así como las piedras que edifican una tola, un montón de casas combinan entre ellas la forma de este barrio. También se observa cómo es que el barrio, continuando el plan moderno, rellenó quebradas para convertirlas en algunas calles, parques y el edificio del gimnasio de boxeo, para conectarse con el resto de la ciudad cavo en la tierra y aplano las irregularidades de la loma, otras calles en forma de líneas suben y bajan por las pendientes, dejando a su paso muros de contención, pequeños parques, y terrenos aislados (al menos para los humanos), las escalinatas complementan las vías, algunas veces cierran el cuadrado que debería haberse formado con ellas, pues la pendiente no habría permitido la construcción de una calle. Continuando la modernización de la ciudad al avanzar el siglo XX, se extienden las calles por el espacio disponible y cuando estas fuerzas se fusionan con la forma que les impone la geomorfología de la loma, se crean barrios más pequeños, con características propias y calles irregulares. Las territorialidades toman formas específicas en cada uno de los espacios barriales, incluso las no reconocidas, o clandestinas, se esconden en los rincones que han dejado la cuadrículas incompletas. Vivir arriba no es lo mismo que vivir abajo, así como tener de vecino al río, implica otras cosas que vivir junto a una autopista y el centro de la capital del Ecuador.

Quienes habitan el Itchimbia en su ladera occidental, se encuentran más alto que el centro de la ciudad, el clima es ligeramente más frío y seco, es una zona golpeada directamente por los vientos que vienen del sur, aquí se han desarrollado comunidades unidas y fiesteras, las que están muy cerca del Centro, compartiendo algunos de sus

procesos como la sobrepoblación, la gentrificación de sus espacios y en ocasiones violencia, pero gozan de un mercado más dinámico y mayor importancia cultural. Quienes habitan la ladera oriental, pueden llegar hasta una menor altitud que el centro de la ciudad, están rodeados de un frondoso bosque, volviéndose más húmedo, es ligeramente más cálido y apenas llega el viento, pues este fluye por la quebrada, la población es considerablemente menor, y los espacios son en su mayoría residenciales.

Las fuerzas que han moldeado las formas físicas y simbólicas de estos pequeños barrios que componen La Tola, también son fuerzas en conflicto, lo indio contra lo blanco-mestizo, lo urbano contra lo rural y lo *moderno* contra la naturaleza, de alguna forma el siguiente relato retrata este conflicto.

En el río había minadores que básicamente vivían de lo que podían recolectar en el río, uno de estos minadores vivía relativamente cerca de la casa y este señor, pues, alguna vez fue un señor militar a disparar por una afición un tanto ilógica a los gallinazos que habitaban por ahí. Él subió a defenderlos diciendo que los gallinazos eran seres vivos y que ellos cuidaban a las quebradas y cuidaban también del río (Freire, 2019).

En la ciudad de Quito hay una larga tradición al momento de considerar las quebradas y ríos como alcantarillas y a las criaturas que las habitan como alimañas, antes de la segunda mitad del siglo XX, pocas casas tenían baños dentro, la mayoría de personas depositaba sus bacinillas en las quebradas, ver a las quebradas como símil de suciedad era lo más común (Kingman, 2006), difícilmente alguien se quejaba cuando las rellenaban, por lo contrario, rellenar una quebrada posiblemente era pensado como higiénico, y utilizar ese espacio para construir una calle, pudo haberse percibido como la imagen misma del progreso.

Es importante, intentar situarse en el pensamiento y sentir de aquellos que vivieron en otros tiempos, comprender las ansias de algunos quiteños por modernizar su ciudad y su país, por cuidar lo que consideran patrimonio y aplicar en los Andes las ideas más modernas. Y no olvidar que es esta modernidad la que se ha aplicado en la ciudad y el país desde hace un siglo, la cual prioriza la exclusión social por sobre el desarrollo urbano, menos aún el rural, una modernidad que demuele bibliotecas, divide la ciudad en estratos y contamina las fuentes de agua. Es una modernidad que actúa y luego pregunta, que busca adaptar el espacio a la ciudad de forma arbitraria y no necesariamente contempla los retos y oportunidades presentes en el espacio geográfico.

Al observar el proceso de urbanización de la loma Itchimbía, se nota que al momento de planificar y construir el barrio La Tola, no siempre se tiene en cuenta sus particularidades geomorfológicas, más bien, se intenta adaptar constantemente el espacio a los cánones urbanísticos de moda, esto se nota especialmente a partir de los años sesenta, cuando se venden las tierras del Itchimbía con fines netamente comerciales y la montaña en menos de diez años se llenó de viviendas, resultando en calles desconectadas, o incompletas, espacios contruidos en pendientes muy empinadas, aumentando muy rápido la densidad poblacional, modificando radicalmente las relaciones sociales del barrio, y provocando un éxodo hacia el norte de las familias más adineradas, que culpaban a los migrantes del detrimento de la calidad de vida en los barrios y no a sus propias autoridades.

Tanto las autoridades como los vecinos, pierden de vista la dimensión entera de la loma cuando piensan en adaptar el espacio a la ciudad y no en adaptar el estilo de vida urbano a la geografía específica de cada espacio, la cosmovisión moderna que prioriza la exclusividad, no puede aprovechar las oportunidades, climáticas, vegetales y arquitectónicas que pueda presentar esta loma, porque las invisibiliza al momento de concebir el espacio únicamente como un terreno destinado a la construcción. La cosmovisión moderna ha provocado que los quiteños ignoren a las montañas, incluso cuando viven sobre ellas, sin embargo, aunque no puedan reconocerlo del todo, las montañas ya les dieron una forma, expresada en su propia territorialidad.

La ciudad, se construye como un espacio que se diferencia de lo natural o del campo, un espacio ordenado y en ocasiones exclusivo, pero no hay que olvidar que se trata de una construcción imaginaria, la ciudad de Quito y sus barrios, en términos demográficos, productivos y sociales, están estrechamente relacionados con los espacios rurales sobre los que ejercen dominio. Las transformaciones en el campo, se reproducen en la ciudad, la cual guarda relaciones también con geografías más lejanas, el espacio nacional, la ciudad y el campo están interconectados de una forma indisociable, forman parte de un mismo cuerpo, geográfico, económico y social, desde una perspectiva ambiental, la ciudad puede ser comprendida como “metabolismo urbano” (McNeil, 2005), un organismo vivo que se reproduce expande y se interconecta con espacios fuera de sus fronteras, absorbiendo también en su interior expresiones propias del campo.

El barrio La Tola, es buen ejemplo, se construye como un espacio “separado”, configurado por una población heterogénea que lo vincula directamente con los espacios rurales, el centro de la ciudad y el consumo de mercancías importadas, una actividad propia de la clase media. Tanto en términos simbólicos como físicos, la posición geográfica de este barrio lo interconecta, con todo el país, las autopistas que se construyen en los años setenta, cruzan y transforman este barrio, pero también lo acercan al campo por medio del mercado de tierras baratas, tan apetecidas por los migrantes.

Se recalca que no es posible comprender los procesos urbanos, si se estudia exclusivamente a la ciudad (Kingman, 2006). Pues las decisiones tomadas en las ciudades, tienen repercusiones fuera de la mancha urbana, la tragedia que se vive en el campo durante el siglo XX, regresa a la ciudad en forma de marginalidad y criminalidad, así mismo, los hábitos de los migrantes también se incorporan a la vida urbana, mediante expresiones culturales que enriquecen el espacio citadino, como por ejemplo las diversas prácticas culinarias.

CONCLUSIONES

Las territorialidades ejercidas tanto por del Estado ecuatoriano, como por un migrante de un barrio popular ocurren en un espacio geográfico determinado, en este caso se ha observado la confluencia de diversas territorialidades en el espacio correspondiente a la loma Itchimbí, donde en sus laderas meridionales se asienta el barrio La Tola. Este barrio se transforma en el devenir del siglo XX, pues las perspectivas sobre uso del espacio cambian con la paulatina llegada de las ideas modernas, las que determinan el uso del espacio en el país, la ciudad de Quito y por ende en el barrio La Tola.

Los conceptos de estado-nación y ciudad moderna, transforman radicalmente las formas de apropiación del espacio, tanto a gran escala, como en el barrio La Tola. A nivel nacional las localidades van perdiendo poder a favor del Estado central y se empobrecen, esta situación, sumada a los imaginarios relacionados con la “ciudad”, generan migraciones masivas del campo a la ciudad. Las ciudades que habían sido construidas simbólicamente como un espacio en contraposición del campo y con un sentimiento localista fuerte, no reciben con agrado a quienes llegaban de las zonas

rurales, produciéndose conflictos sociales que se muestran en formas de exclusión y racismo a todo nivel, incluido el manejo del espacio.

Por un lado las élites y las clases medias perciben a los migrantes como agentes socialmente contaminantes, por un lado abandonan sus barrios tradicionales para ubicarse en el sector norte, donde se construyen nuevos conjuntos habitacionales al estilo de ciudadelas y por otro usan su influencia para plasmar y legitimar estos principios modernos en las leyes encargadas regir la expansión urbana. Las diversas formas de planificación urbana responden al contexto moderno de cada época, favoreciendo lo nacional por sobre lo local y lo urbano por sobre lo rural. En este contexto los barrios son espacios de conflicto, pues en ellos se observa el drama de la reestructuración de las relaciones sociales en la ciudad de Quito.

La cartografía es una fuente muy útil, esta representa por lo general a la voz oficial, tanto del estado como del cabildo, permite visualizar como es que un espacio en específico era concebido o incluso si era invisibilizadas, en el caso de la cartografía revisada, esta permite observar el grado de control de las autoridades locales sobre el espacio geográfico correspondiente al barrio La Tola, las relaciones entre el barrio y el Centro de la ciudad son ambiguas, oscilando entre la separación y la unidad.

El territorio del barrio es heterogéneo, se construye y mantiene a partir de varias territorialidades ejercidas por agentes de diversos orígenes, en el barrio, confluyen clases altas, estratos medios, y las clases populares, ligadas al campo y al mundo indígena. La interacción constante de todos estos grupos le dan forma al barrio, construyendo relaciones jerárquicas, económicas, familiares y sociales a partir de la interacción en un espacio compartido

Al trazar un barrio sobre una elevación irregular, como lo es el Itchimbia, se han formado pequeños barrios con características particulares, que responden a una identidad local. Si se observa cronológicamente el surgimiento de cada uno de estos espacios, se puede notar que el barrio La Tola se expande lentamente entre 1903 y 1983, hasta tomar la forma que puede ser apreciada hoy en día. Se puede observar en la arquitectura de este particular barrio, edificios pertenecientes a diferentes espacios temporales del siglo XX, expresándose aquí diversas maneras de entender el gusto moderno. La cosmología moderna se concibe en los Andes como una estrategia de diferenciación social, que en lugar de desestructurar las relaciones sociales señoriales,

las acentúa, contraponiendo aún más la cultura indígena con la cultura blanco-mestiza, y lo urbano como opuesto de lo rural y lo natural, esta concepción se reproduce en términos urbanísticos en toda la ciudad.

Al observar estos procesos desde una perspectiva holística, es decir una visión integral, que vaya más allá de las perspectivas modernas que conciben el mundo como oposiciones binarias: campo-ciudad, civilización-barbarie, cultura-naturaleza. Se observa que los límites ciudadanos, son en realidad imaginarios, el trazado urbano no significa necesariamente el límite del ejercicio de influencia de un actor determinado, por lo que la ciudad no puede ser entendida únicamente desde la ciudad, sino siempre en relación con la localidades y el Estado ecuatoriano, lo que se intensifica en el caso de Quito por ser la capital.

Al observar los procesos urbanos y nacionales como parte de un mismo gran proceso ambiental, es posible observar más allá del gusto moderno que delimita el cómo debería ser una ciudad, para descubrir precisamente en la sombra del gusto moderno nuevas oportunidades que permitan organizar el espacio urbano a favor de una comunidad más unida y ecológicamente más amigable. Espacios como el barrio La Tola, están llenos de oportunidades que podrían ser aprovechadas para el mejoramiento de la vida de sus habitantes, tierra fértil distribuida a diversas altitudes, una posición geográfica privilegiada y una población diversa, lo que podría traducirse en una gran oportunidad agrícola, económica, o incluso turística, que favorezca al desarrollo en común tanto de los individuos como de los espacios que componen el barrio.

La visión de los procesos históricos, desde la perspectiva del ambiente, democratiza las fuentes y los saberes, pues, los integra como otra versión más del tejido de significados que comprenden lo ambiental, evitando una visión vertical de los procesos históricos, en los que el ser humano es el único protagonista de la historia. La historia ambiental es una historia que si bien se encarga del pasado, lo hace con la mirada en el futuro, buscando una perspectiva histórica desde la cual, el ser humano pueda hacerse responsable de su pasado, para idear y construir un mejor futuro.

ANEXOS

Entrevistas

Cevallos, C. (22 de mayo de 2019). Entrevista a Carlos Cevallos. (J. A. Freire, Entrevistador)

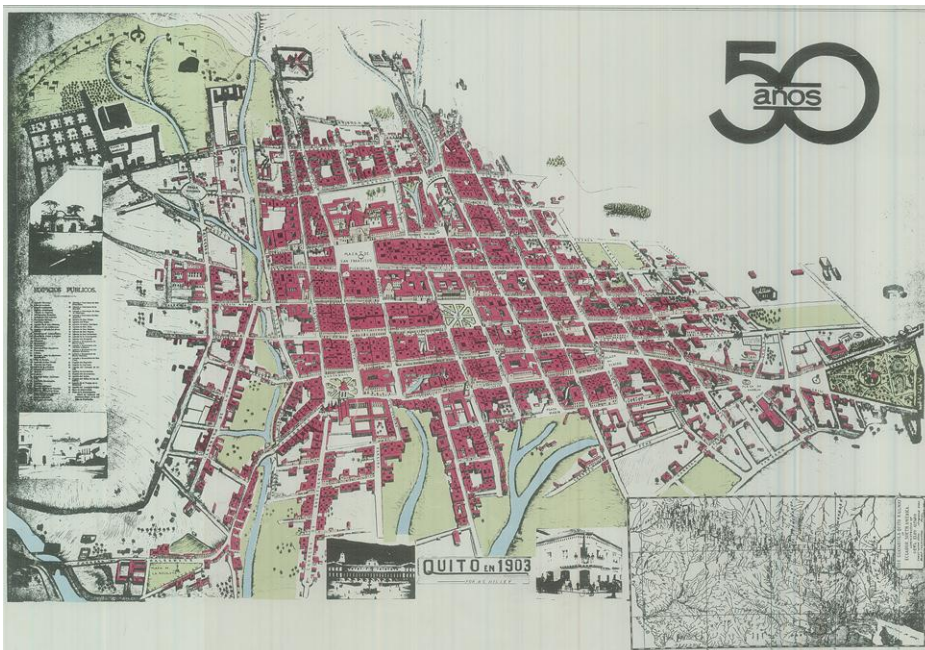
Freire, J. C. (12 de Mayo de 2019). Entrevista a Juan Carlos Freire. (J. A. Freire, Entrevistador)

Guevara, G. (7 de mayo de 2019). Entrevista a Guadalupe Guevara. (J. A. Freire, Entrevistador)

Ramos, C. (14 de abril de 2019). Entrevista a Cecilia Ramos. (J. A. Freire, Entrevistador)

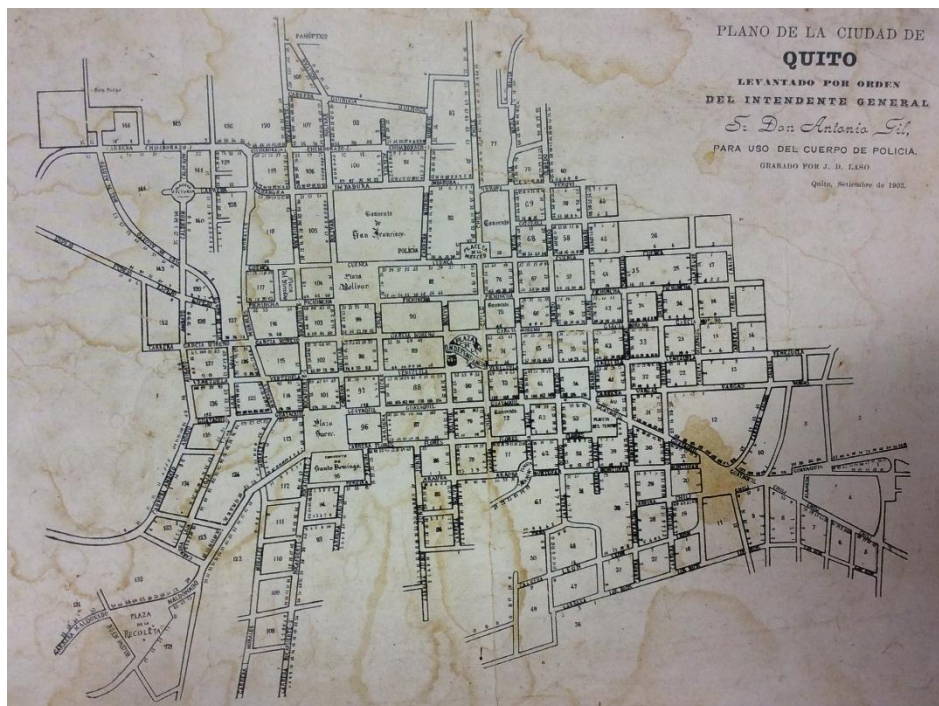
Figuras

Figura 1. Ciudad de Quito



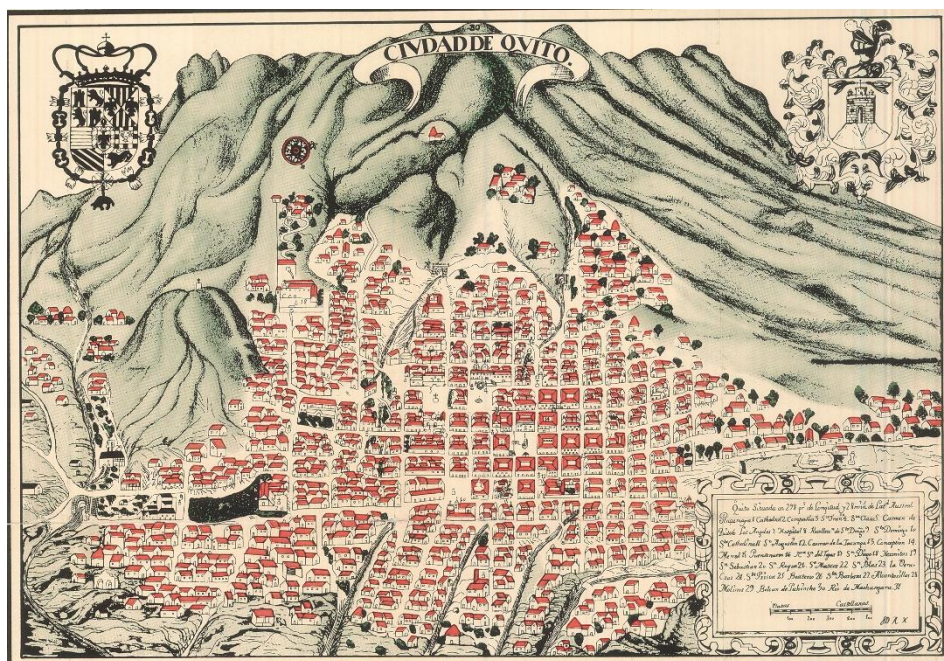
Fuente: Instituto Geográfico Militar, H. G. Higley (1903), Cuidad de Quito.

Figura 2. Plano de la ciudad de Quito



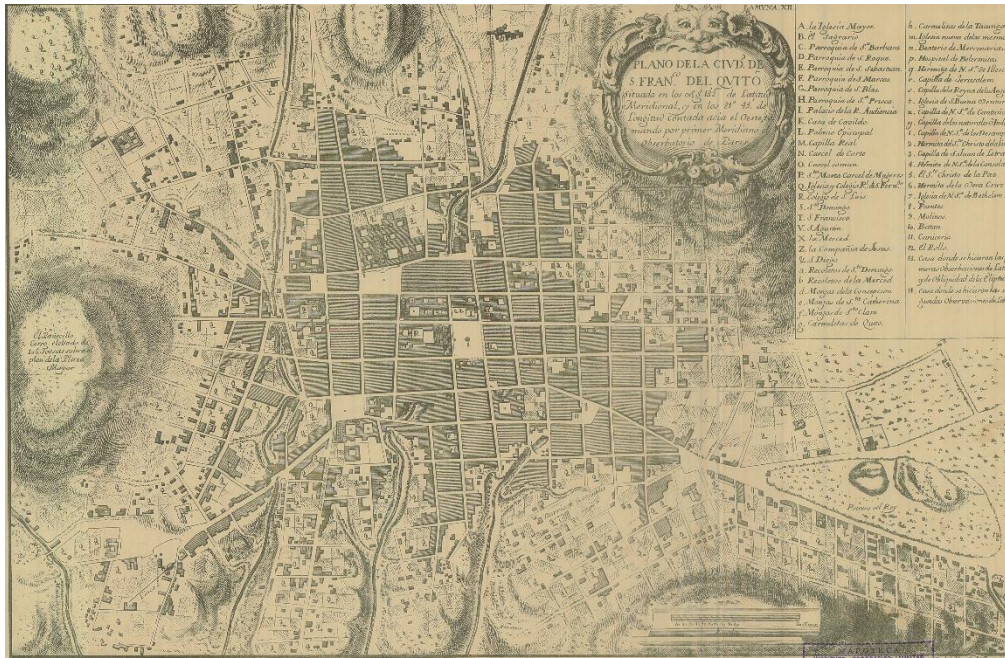
Fuente: Damero, Don Alberto Gil (1903), Plano de la ciudad de Quito.

Figura 3. Ciudad de Quito



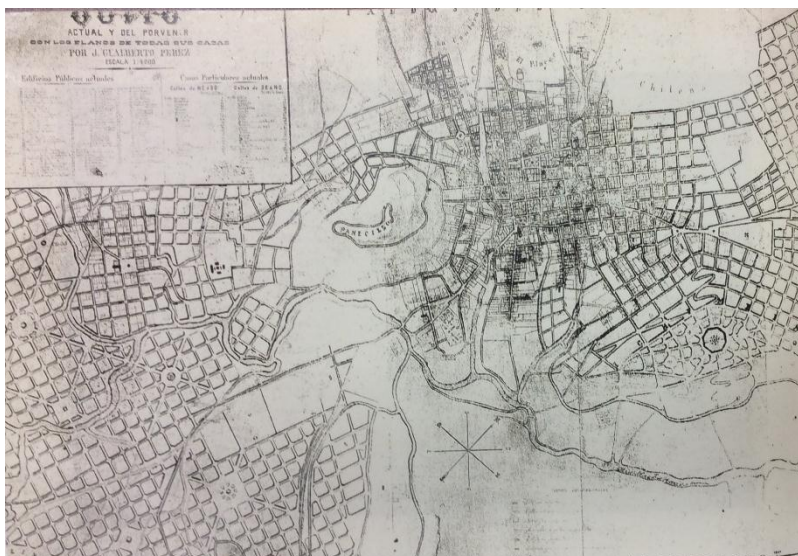
Fuente: Instituto Geográfico Militar, Dionisio Alcedo y Herrera (1734), Ciudad de Quito.

Figura 4. Plano de la ciudad de San Francisco de Quito



Fuente: Instituto Geográfico Militar, Jorge Juan y Antonio de Ulloa (1748), Plano de la ciudad de San Francisco de Quito.

Figura 5. Quito Actual y del Porvenir



Fuente: Damero, Gualberto Pérez (s.f.), Plano de la ciudad de Quito.

Figura 6. Plano de la ciudad de Quito



Fuente: Damero, Jean de Morainville (1751), Plan de Quito.

Figura 9. Plan de la Ville de Quito



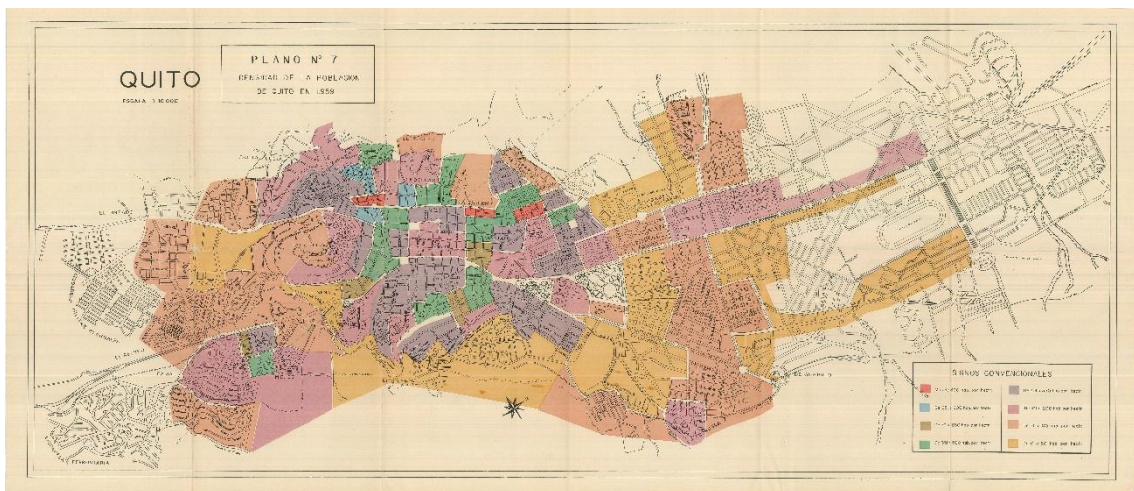
Fuente: Albert Salazza, (1845), Plan de la Ville de Quito.

Figura 10. Plano de la ciudad de Quito



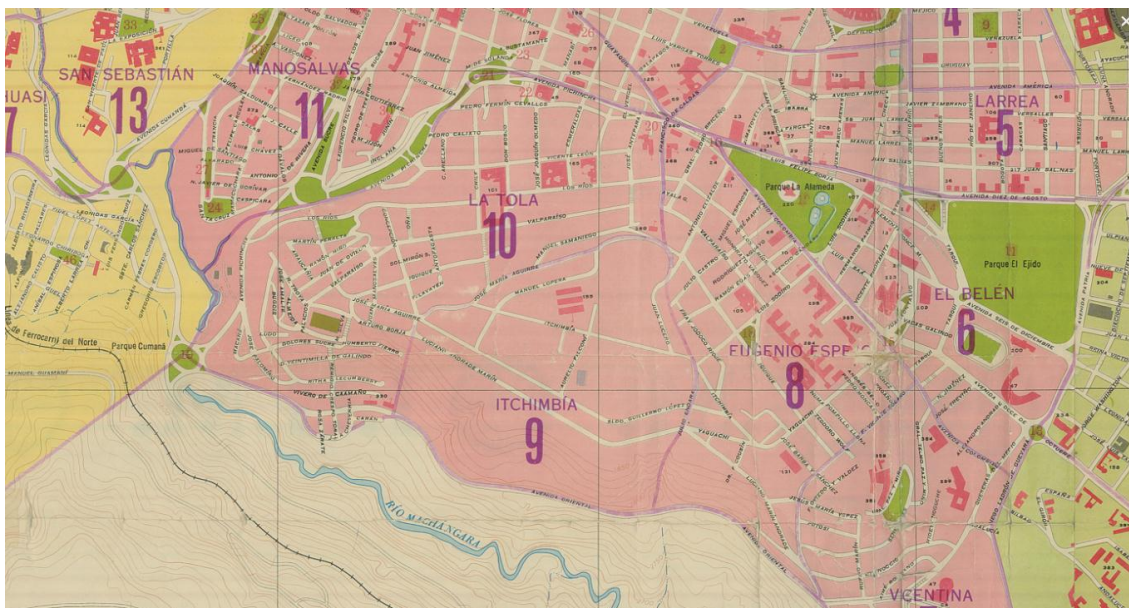
Fuente: Biblioteca Aurelio Espinoza Pólit, B. Valdivieso A., (1921), Plano de la ciudad de Quito

Figura 11. Quito Plano N°7



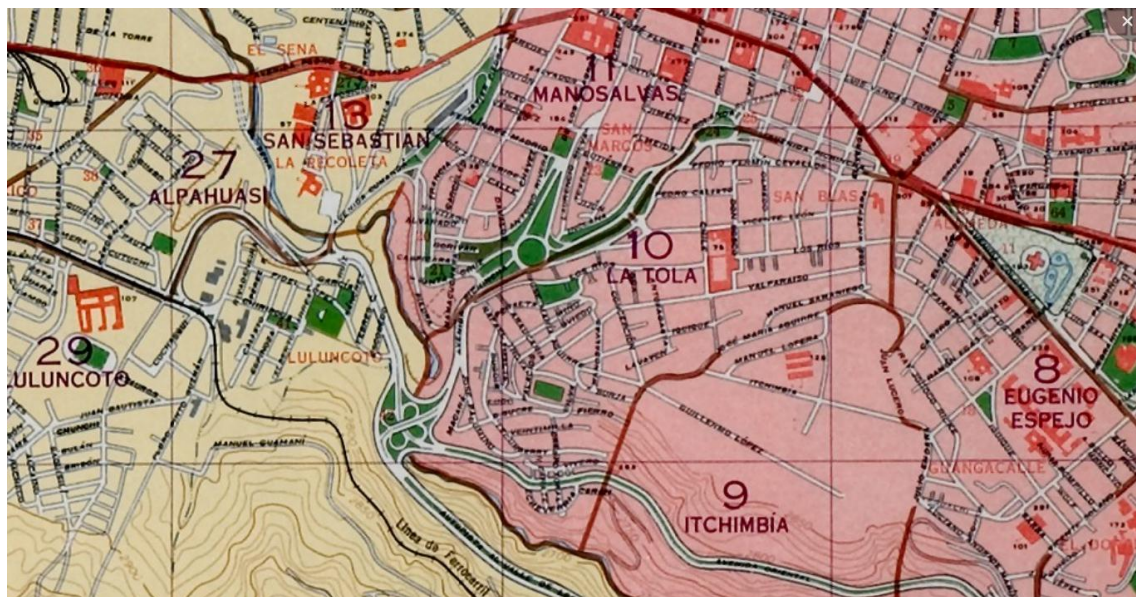
Fuente: Instituto Geográfico Militar, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, (1959), Quito Plano N°7.

Figura 12. Quito



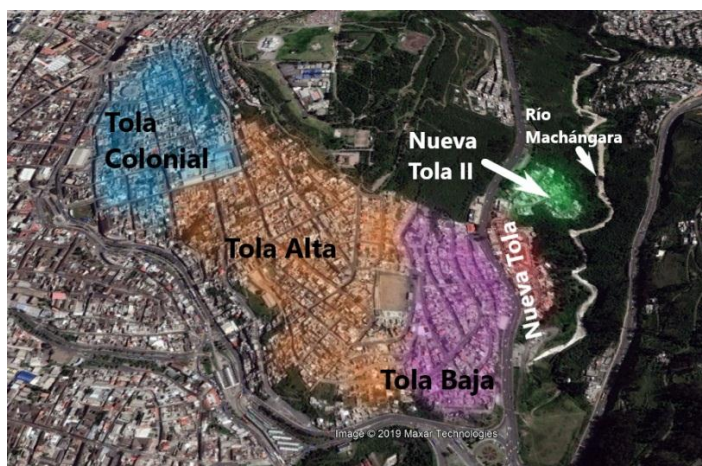
Fuente: Fragmento de Instituto Geográfico Militar, (1975), Quito.

Figura 13 Ciudad de Quito



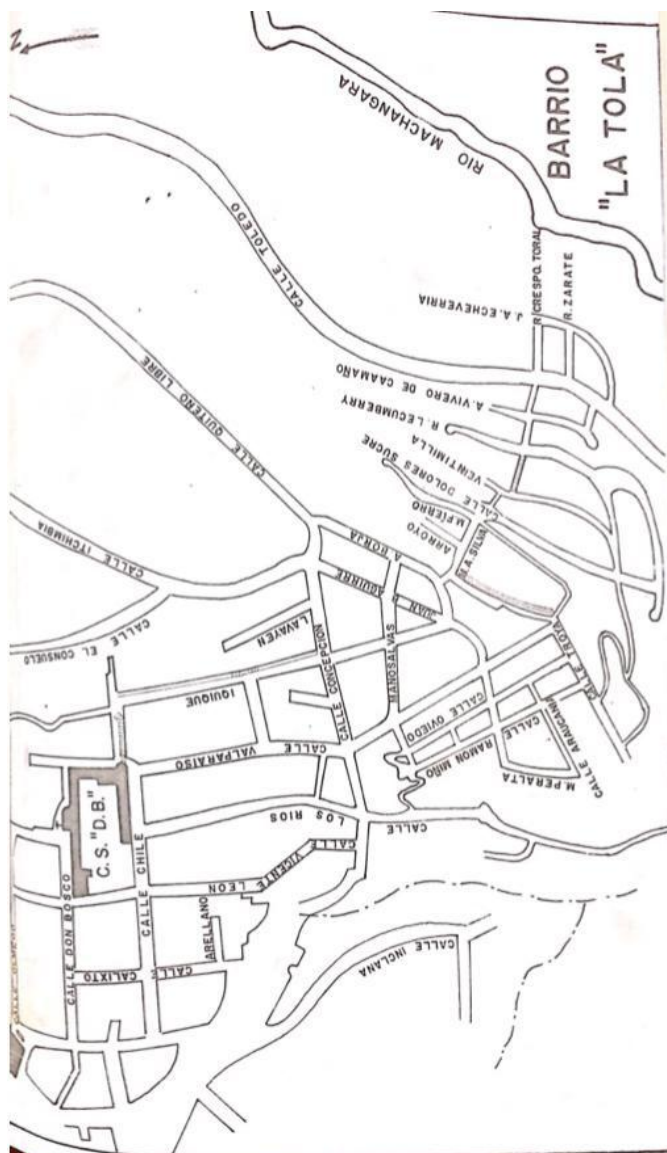
Fuente: Fragmento de Instituto Geográfico Militar, (1983), Quito.

Figura 14 El barrio La Tola



Fuente: Captura de Google Earth, (2019), Quito.

Figura 15 Calles de La Tola



Fuente: Cadena, (1971), Quito.

BIBLIOGRAFÍA

- Albarracin, D. (2017). *¿Cómo se construye el imaginario urbano del barrio Tola Alta a través de un lugar significativo; La Gallera?* Quito, Pichincha, Ecuador: UCE.
- Báez Rivera, S., Ospina Peralta, P., & Valarezo, G. (2004). *UNA BREVE HISTORIA DEL ESPACIO ECUATORIANO*. Quito: CAMAEN - IEE.
- Bernal Carrera, G. (2012). La Hospedería Campesina de La Tola: Notas para entender los aportes salesianos al mundo indígena urbano. En L. Vázquez Sempértegui, *La presencia salesiana en Ecuador: perspectivas históricas y sociales* (págs. 679-704). Quito: Abya-Yala.
- Braudel, F. (1987). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cabrera Hanna, S. (2017). El Centro Histórico de Quito en la planificación urbana (1942-1992). *Territorios*, 189-215.
- Cadena, N. (1971). *Estudio-diagnóstico de la marginalidad en barrios heterogéneos de Quito: La Tola-La Loma*. (Tesis de pregrado). Quito: Pontificia Universidad Católica del Ecuador.
- Carrión, F., & Vallejo, R. (1992). LA PLANIFICACION DE QUITO: DEL PLAN DIRECTOR A LA CIUDAD DEMOCRATICA. En F. Carrión, *Ciudades y políticas urbanas* (págs. 143-169). Quito.
- Carrión, F. (1980). Ecología urabana en Quito durante la decada de los setenta. En V. Ibarra, S. Puente, & F. Saavedra, *La ciudad y el medio ambiente en América Latina* (págs. 151-195). México: Colegio de México.
- Cifuentes, M. Á. (2016). *Planifcación urbana, modernización vial y cambios en la vida cotidiana de Quito: el caso del barrio San Blas, 1967-1973*. Obtenido de <http://repositorio.uasb.edu.ec/bitstream/10644/5755/1/03-ES-Cifuentes.pdf>
- Clare, P. (2009). UN BALANCE DE LA HISTORIA AMBIENTAL LATINOAMERICANA. *Revista Historia*, 185-201.
- Dávila Viteri, P. (2004). *La transformación del barrio tradicional quiteño (La Tola y San Blas entre 1965 y 1975)*. Quito: PUCE.
- Deler, J. (1983). ESTRUCTURACION Y CONSOLIDACION DEL AREA CENTRAL (1830). En J. Deler, N. Gómez, & M. Portais, *EL MANEJO DEL ESPACIO EN EL ECUADOR* (págs. 175-219). Quito: IGM.
- Descola, P. (2005). *Más allá de la naturaleza y la cultura*. Paris: École des hautes études en sciences sociales.

- Espín Estevez, M. A. (2016). *Construcción del sujeto de la clase media en barrios populares de Quito, en la segunda mitad del siglo XX Memorias, relaciones y diferenciación*. Quito: FLACSO.
- Espinoza Apolo, M. (2004). *Mestizaje, cholificación y blanqueamiento en Quito primera mitad del siglo XX*. Quito: UASB.
- Gallini, S. (2004). PROBLEMAS DE METODOS EN LA HISTORIA AMBIENTAL DE AEMERICA LATINA . *Anuario IHES*, 147-171.
- Gallini, S. (Mayo de 2005). *INVITACION A LA HISTORIA AMBIENTAL*. Obtenido de Biblioteca virtual Clacso :
<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/panama/cela/tareas/tar120/gallini.rtf>
- García Rojas, I. B. (2018). *El estudio histórico de la cartografía* . Obtenido de Universidad de Guadalajara :
http://148.202.18.157/sitios/publicacionesite/ppperiod/takwa/Takwa13/irma_beatriz.pdf
- Guevara Zárraga, María E. (2019). *Los barrios tradicionales frente a la dinámica socio urbana contemporánea de la ciudad. El caso del barrio San Felipe Neri en la ciudad de Guadalajara. Revista Diseño Urbano & Paisaje - DU&P*, 25-33.
- Kingman, E. (2006). *La ciudad y los otros Quito 1860-1940*. Quito: FLACSO.
- Leef, E. (2005). Vetas y vertientes de la Historia Ambiental Latinoamericana. *AVARIA HISTORIA*, 17-31.
- Luzuriaga Jaramillo, S. (2013). *Quito y sus recorridos de agua Abastecimiento, discursos y pautas higiénicas modernizantes*. Quito : Corporacion Editora Nacional .
- Mariezkurrena, David. (2008). La historia oral como método para la investigación histórica. *Gerónimo de Uztariz*, 227-233.
- McNeil, J. R. (2005). NATURALEZA Y CULTURA DE LA HISTORIA AMBIENTAL . *Nómadas*, 12-25.
- Montañez Gémez, G., & Delgado Mahecha, O. (1998). ESPACIO, TERRITORIO Y REGION: CONCEPTOS BASICOS PARA UN PROYECTO NACIONAL. *Cuadernos de Geografía*.
- Morales Jasso, G. (2016). La categoría “ambiente”. Una reflexión epistemológica sobre su uso y su estandarización en las ciencias ambientales. *Nova Scientia* , 579 - 613.
- Municipio del Distrito Metropolitano de Quito. (2001). MEMORIA histórica y cultural: La Tola. En M. d. Quito, *MEMORIA histórica y cultural*. Quito: Municipio del Distrito Metropolitano de Quito.
- Ortiz Crespo, A. (. (2007). *Damero*. Quito: FONSAL.

- San Antonio Gómez, C. (2006). Metodología para el análisis gráfico de la cartografía histórica. *XVIII Congreso Internacional de Ingeniería Gráfica*. Madrid: Universidad Politécnica de Madrid .
- Yáñez Muñoz, M., & Meza Ramos, P. (2007). *ANÁLISIS DE DIVERSIDAD HERPETOFAUNÍSTICA*. Quito : Museo Ecuatoriano de Ciencias Naturales.